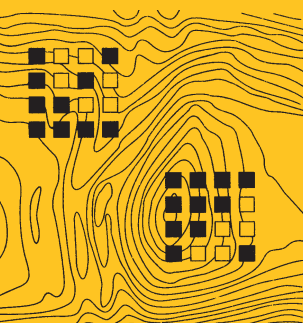


Año 2025. urtea

N.º 37. zk.



TRABAJOS DE ARQUEOLOGÍA NAVARRA

SEPARATA

Intervenciones arqueológicas en el claustro del monasterio de Santa María la Real de Fitero (Navarra) (2011-2013)

Mikel Ramos Aguirre

Sumario / Aurkibidea

Trabajos de Arqueología Navarra

Año 2025. urtea - N.º 37. zk.

ARTÍCULOS / ARTIKULUAK

- Una estatua de bronce de una niña con *tunica* y *toga* de *Pompelo*
Carmen Marcks-Jacobs, Hans Rupprecht Goette 11
-
- La estatua togada de Pompelo: historia de su estudio y nuevos resultados analíticos
Berta Balduz Azcárate 51
-
- Un nuevo ejemplar de fíbula de apéndice caudal zoomorfo en «S» procedente de
Cáseda (Navarra)
Olga Navarro-Cía 75
-
- On an imperial portrait from Cara (Santacara) in the Museum of Navarra, Pamplona:
From Caligula to Claudius
Hans Rupprecht Goette 91
-
- Intervenciones arqueológicas en el claustro del monasterio de Santa María la Real de Fitero
(Navarra) (2011-2013)
Mikel Ramos Aguirre 131

NOTICIAS / BERRIAK

- Campaña de excavación 2025 en la cueva de Abauntz (Arraitz-Orkin, Ultzama).**
Actividades realizadas y nuevas dataciones
Mikel Arlegi, Carmen Alonso-Llamazares, Martin Arriolabengoa, Aitor Burguet-Coca,
Miren del Val, Arturo Hermoso de Mendoza, Mónica Fernández-García,
Araceli Fernández-Muro, Virginia Martínez-Pillado, Adrián Pablos, Iñaki Pueyo,
Manuel Rodríguez-Almagro, Antonio Rodríguez-Hidalgo, Amaia Rico, Nohemi Sala,
Miguel Soares-Remiseiro, Andion Arteaga-Briebe 185
-
- Intervenciones arqueológicas en Koskobilo (Olazti), resumen de la campaña de 2025
Daniel Ruiz-Gonzalez, Olaia Granizo Candelas, Mattin Aiestaran, Juantxo Agirre Mauleon 195

Sumario / Aurkibidea

Evidencias de actividad humana durante el Holoceno en la cueva de Amutxate (sierra de Aralar, Navarra)

Andion Arteaga-Brieba, Arturo Hermoso de Mendoza, Teresa Lacosta, Miguel Soares-Remiseiro, Jesús García Gazólaz, Mikel Arlegi 207

Ladera de Zabala (Santacara): una tumba colectiva del Neolítico Final

Teresa Lacosta Ramírez, Maitane Tirapu de Goñi, Francisco J. Sanz Morales, Nerea Soto Úriz, Iosu Barragán Cidriain, Aitor Alzueta Chivite 219

El pozo de Larrahe (Larunbe)

Juantxo Agirre-Mauleon, Mattin Aiestaran, Dani Ruiz, Oihane Mendizabal, Peio Esain 231

El castro protohistórico de Santa Criz (Eslava, Navarra): sondeos de 2025

Luka García de la Barrera, Javier Martínez Sarasate, María García-Barberena Unzu, Leyre Arróniz Pamplona, Zsófi Friedrich 241

Intervención arqueológica en Valdorba: resultados preliminares de las campañas 2024-2025 en los recintos fortificados de Kasteluxar, San Juan y Aranbero

Alexandre Duró, Roger Sala, Teresa Lacosta, Ekhine García García 253

II Campaña de excavaciones en Las Vistillas de Lerín

Iosu Barragán Cidriain, Nerea Soto Úriz 263

Alto de la Cruz: campaña del 2025 (Cortes, Navarra)

Ángel Santos Horneros, Óscar Bonilla Santander, Miriam Pérez Aranda, María Cruz Pérez Omeñaca, Beñat Lorenz Bergara, Marta Mateu Sagués, Alicia María Izquierdo, Gloria Munilla Cabrillana 271

Yacimiento arqueológico de Resa (Andosilla)

Josu Narbarte, Manex Arrastoa Mendizabal 285

Reanudación de las excavaciones arqueológicas en el castillo de Tiebas

Iosu Barragán Cidriain, Nerea Soto Úriz 297

Castillo de Santacara, campañas de 2024 y 2025

Nicolás Zuazúa Wegener, Carlos Zuza Astiz 309

Puesta en valor del patrimonio arqueológico. De la excavación a la musealización *in situ*, el caso de la ermita medieval de la Virgen del Pero en Peralta/Azkoien, Navarra

Nerea Soto Úriz, María Rosario Mateo Pérez 319

El canal de hornos de la Real Fundición de Eugi. Campaña 2025

Francisco Labé Valenzuela, Ana Carmen Sánchez Delgado 331

Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak /

Rules for the submission of originals 339

Intervenciones arqueológicas en el claustro del monasterio de Santa María la Real de Fitero (Navarra) (2011-2013)

Esku-hartze arkeologikoak, Fiteroko Andre Maria errege-monasterioko klaustroan (Nafarroa)
(2011-2013)

Archaeological interventions in the cloister at the monastery of Santa María la Real in Fitero
(Navarre) (2011-2013)

Mikel Ramos Aguirre
Gabinete de Arqueología e Historia NAVARK S.L.
mramosaguirre@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.35462/tan37.5>

Recepción del original: 14/04/2025. Aceptación provisional: 22/07/2025. Aceptación definitiva: 19/08/2025.

RESUMEN

La intervención arqueológica desarrollada entre 2011 y 2013 en el claustro del monasterio de Santa María de Fitero aportó nuevas informaciones sobre el empleo del claustro como espacio de enterramientos privilegiados (siglo XIII) y los usos funerarios practicados por los miembros de una comunidad laica al servicio del monasterio durante los siglos XIV al XVI. Además, el estudio arqueológico de las estructuras construidas actualizó y precisó la cronología de este cenobio cisterciense, desde su construcción en solares preexistentes a los diversos momentos constructivos que culminaron en la construcción del claustro, primero medieval y, después, renacentista.

Palabras clave: arquitectura; cementerio; nueva cronología; usos funerarios.

LABURPENA

Fiteroko Andre Maria errege-monasterioan 2011. eta 2013. urteen artean egindako esku-hartzeko arkeologikoak informazio gehiago eman zuen bai klaustroa ehorzketa pribilegiatuak egiteko espazio gisa erabili izanari buruz (XIII. mendean), bai eta XIV. mendetik XVI. mendera bitartean monasterioaren zerbitzura zegoen komunitate laiko bateko kideen hileta-ohiturei buruz ere. Gainera, eraikuntza-egituren azterketa arkeologikoari esker, monasterio zistertar horren kronologia eguneratu eta zehaztu zen. Lehendik zeuden orube batzuen gainean eraikia, hainbat eraikuntza-fase izan zituen ondoren, harik eta klaustroa (lehenik Erdi Arokoa eta gero errenazentista) eraiki zen arte.

Gako hitzak: arkitektura; hilerria; kronologia berria; hileta-ohiturak.

ABSTRACT

The archaeological works carried out between 2011 and 2013 in the monastery of Santa María de Fitero cloister's provided new information on the use of the building as a privileged burial place (13th century) and the funerary practices of the members of the lay community serving the monastery from the 14th to the 16th centuries. Furthermore, the archaeological study of the built structures updated and clarified the chronology of this Cistercian monastery, from its construction on pre-existing sites to the various building stages that lead up to the construction of the cloisters, the medieval one and then the Renaissance's edifice.

Keywords: architecture; cemetery; new chronology; funerary uses.

1. EL MARCO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO. 1.1. El monasterio de Santa María la Real. 2. EL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE FITERO: INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA. 3. LA SECUENCIA HISTÓRICO-CONSTRUCTIVA. 3.1. Periodo 1: preexistencias. 3.2. Periodo 2: construcción de la iglesia monástica y del claustro. 3.3. Periodo 3: cementerio del claustro. 3.4. Periodo 4: construcción del claustro renacentista y abandono del cementerio (siglos XVI-XVII). 3.5. Periodo 5: siglos XIX a XXI. 4. EL CEMENTERIO DEL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE FITERO: PRÁCTICAS FUNERARIAS Y CONTEXTO HISTÓRICO. 4.1. Las costumbres funerarias en Fitero. 5. A MODO DE RECAPITULACIÓN. 6. LISTA DE REFERENCIAS.

La Documentación Arqueológica del claustro del monasterio de Santa María de Fitero fue realizada por el Servicio de Patrimonio Histórico del Gobierno de Navarra dentro de las Fases 3.^a, 4.^a y 5.^a del Proyecto de restauración del claustro (2011, 2012 y 2013). Su resultado fue una nueva información sobre la evolución histórico-constructiva del claustro y las costumbres funerarias usadas en Fitero entre el siglo XIII y el XVI cuya síntesis se presenta en este trabajo.

1. EL MARCO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO

La villa de Fitero se emplaza en el extremo sudoeste de la Comunidad Foral de Navarra, en el valle del río Alhama, a una altitud de 421 m.s.n.m., un clima mediterráneo de carácter continental con fuertes variaciones de temperatura, escasez e irregularidad de las precipitaciones, aridez estival intensa y prolongada, con presencia intensa y frecuente del viento cierzo. Los cultivos dominantes son cereal,

viñedo, olivar y almendro, con huertas en la vega del río (Fernández, 1997).

El poblamiento en el área geográfica donde se encuentra Fitero se remonta al Neolítico, con una habitación constante pasando por la Edad de Hierro y la romanización (Medrano & Díaz, 2004). La arqueología ha detectado una ocupación Tardorroana en un yacimiento como Sancho Abarca (Armendáriz, Mateo & Nuin, 2001). Otras actuaciones muestran una continuidad en el poblamiento desde época romana hasta la Edad Media, con testimonios visigodos y árabes en el área de Tudején-Sancho Abarca (Medrano, 2005).

La historia de la villa de Fitero está ligada a la de su monasterio de Santa María. Tras un primer asentamiento en el lugar de Niencebas, el abad Raimundo de Fitero (1141-1158) llevó el convento al lugar definitivo, Castellón, que no es otro que el actual Fitero. Tradicionalmente se había considerado una segunda ubicación del cenobio en Yerga pero el análisis exhaustivo de la documentación conservada

ha permitido descartar tal teoría (Olcoz, 2019). Se documenta desde 1147 la adquisición de terrenos en la zona del actual Fitero, unos espacios seguramente destinados a su construcción (Goñi, 1965; Monterde, 1978; Ostolaza, Monterde & Panizo, 2011, etc.). El monasterio sería trasladado a su ubicación actual como muy tarde hacia 1152, de modo que la comunidad monástica necesitaría durante unos treinta años de, al menos, un lugar de culto –iglesia– y un espacio de habitación: ¿dónde se hallan?, ¿bajo la actual iglesia monástica que nunca, que se sepa, ha sido objeto de investigaciones arqueológicas?

El núcleo vecinal de Fitero se originó con las familias de los siervos y criados del monasterio que residían junto al cenobio, en «el Cortijo». El abad Miguel de Peralta inició la creación de un verdadero pueblo hacia 1482 y atrajo población del vecino reino de Castilla, con un rápido crecimiento. Las primeras ordenanzas municipales datan de 1524, siendo abad Martín de Egüés y Pasquier. El monasterio mantuvo su señorío sobre la población durante toda la Edad Moderna, no sin problemas con los vecinos del lugar o con la corona. Las exclaustraciones y desamortizaciones de la primera mitad del siglo XIX acabaron con la vida monástica y la villa se emancipó del monasterio en 1836 (Goñi, 1965; Olcoz, 2008).

1.1. El monasterio de Santa María la Real

El plano del conjunto monástico fiterano muestra dos grandes épocas constructivas, de la Edad Media (siglos XII y XIII) –momento fundacional– y de la Edad Moderna (siglos XVI y XVII) –etapa de reforma y de esplendor–. A la primera pertenecen el templo abacial, hoy parroquia de Santa María la Real, la sala capitular y restos del dormitorio y refectorio, aunque transformadas para otros usos siglos más tarde. De la segunda datan el claustro y el sobreclaustro, el palacio abacial, el con-

vento, la hospedería, la sacristía, la biblioteca y la capilla de la Virgen de la Barda.

La iglesia, de estilo cisterciense, se levantó en dos fases. En la primera, entre 1180 y 1210, se hicieron la cabecera, ábsides y girola, el transepto y parte de las naves; en la segunda, entre 1214 y 1247, se construyó el cuerpo de las naves del templo (Fernández, 1997). De las dependencias medievales del monasterio, actualmente sólo queda completa la sala capitular y partes del dormitorio, la cocina, la bodega y tramos de la muralla.

El claustro, de estilo plateresco, se levantó en dos momentos: la galería este durante el abaciado de fray Martín de Egües y Pasquier (1502-1540) y las restantes siendo abad fray Martín de Egües y de Gante, sobrino del anterior (1540-1582). El sobreclaustro fue construido en estilo herreriano entre 1592 y 1613 (Aramburu, 1989). Como es lógico en un edificio histórico, el conjunto monástico ha estado sujeto durante su historia a múltiples actuaciones de reforma y de restauración, sobre todo en el pasado siglo (Berrozpe, 2012).

2. EL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE FITERO: INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA

El claustro, adosado al muro meridional de la iglesia, es de planta cuadrada y en él se suceden arcadas apuntadas y contrafuertes exteriores, aunque el sistema de apoyos y cubiertas varía ligeramente según la fase constructiva: la galería oriental tiene siete arcos y el resto de las pandas poseen seis (Fernández, 1997).

La panda este del claustro tiene unas dimensiones de 30,89 m de largo por 3,64 m de ancho, la sur mide 31,5 m de largo y 3,88 m de ancho, la oeste, 30,9 de longitud y 3,97 m de anchura y, finalmente, la norte es de 30,9 m de largo por 3,91 m (fig. 1).



Figura 1. Vista general del monasterio Santa María de Fitero con el claustro en primer término (dominio público).

La investigación arqueológica vino motivada porque una parte de los trabajos de sustitución y reconstrucción de los pilares de los arcos de sus pandas norte, oeste y sur, en muy mal estado de conservación, podría afectar a los restos arqueológicos que allí pudiesen existir. Los pilares de la crujía este fueron sustituidos en 2010.

Se empleó una metodología concienzudamente elaborada y adaptada a las características del espacio que se iba a investigar, con la excavación sistemática en *open area* de las galerías hasta la cota prevista en el proyecto de restauración. El estudio llevado a cabo en el claustro se realizó empleando dos tipos diferentes de documentos: documentación arqueológica y textos escritos. Se utilizó el Método de Registro Estratigráfico por Contexto Simple (Harris, 1991; Carandini, 1997). La documentación escrita se extrajo de la búsqueda de textos medievales (originales o elencos publicados)¹ y de la bibliografía, destinada a la obtención de información sobre el monasterio fiterano y a la contextualización de los resultados arqueológicos.

3. LA SECUENCIA HISTÓRICO-CONSTRUCTIVA

La dirección facultativa del proyecto de restauración corrió a cargo de Javier Sancho Domingo, Jefe de la Sección de Patrimonio Arquitectónico del Servicio de Patrimonio Histórico del Gobierno de Navarra. El proyecto arqueológico fue dirigido por Jesús Sesma Sesma, Técnico arqueólogo de la Sección de Arqueología del Servicio de Patrimonio Histórico. El proyecto de restauración fue adjudicado a Construcciones Zubillaga S.A. y la actuación arqueológica al Gabinete de Arqueología e Historia Navark S.L.

La documentación arqueológica de la crujía norte del claustro de Fitero se llevó a cabo en los meses de abril y mayo de 2011, las crujías oeste y sur, en abril y mayo de 2012 y la panda este en mayo y junio de 2013. El equipo arqueológico fue dirigido por el firmante de este texto y constó del siguiente personal: Técnicos arqueólogos: Jaime Aznar Auzmendi, Amparo Laborda Martínez, M.^a Cruz Pérez Omeñaca y Ana Carmen Sánchez Delgado; Técnico restaurador de arqueología: Carmen Usua Saavedra; Técnicos de registro gráfico: Amparo Laborda Martínez y Aitor López Askasibar y Auxiliares de arqueología: Lourdes Arana, Eder Arbizu, Gerardo Arbizu, Jaime Aznar, Iosu Castejón, Vicente Fernández, Juan Galán, Ivan Gainza, Pascual Gimenez, Andrés Jiménez, Daniel Jimenez, Jesús Jimenez, Francisco Labé, Sara Martinez, Héctor Martínez de Morentin, Miguel Mújica, Nieves Ordoñez, Maite Sembroiz y Rebeca Villarejo.

La intervención arqueológica permitió mejorar y precisar la información sobre la evolución

1 Archivo Real y General de Navarra (ARGN): secciones de *Comptos* (Cajones y Papeles Suelos) y de *Clero* (Clero regular y Documentos, y documentación publicada (Arigita, Monterde, Ostolaza et al. ...).

histórico-constructiva de este conjunto religioso. La secuencia de acontecimientos acaecidos se articula en cinco periodos:

1. Preexistencias.
2. Construcción de la iglesia y claustro medievales.
3. Cementerio del claustro.
4. Abandono del cementerio y construcción del claustro renacentista.
5. Reformas posteriores.

3.1. Periodo 1: preexistencias

Los testimonios más antiguos de ocupación humana en el terreno ahora ocupado por el

monasterio estaban en las crujías sur y este. Son fragmentos de vasijas cerámicas de tipo celtibérico, de formas irreconocibles, incluso en diversos depósitos, siempre revueltos, junto a restos cerámicos más modernos, romanos, medievales y post-medievales. No aparecieron elementos estructurales. También había vestigios de época romana que, como los anteriores, formaban parte de depósitos en compañía de cerámica más moderna; cuatro depósitos contenían sólo cerámica romana. Se trataba de una serie de fragmentos de *terra sigillata hispanica* y *gallica* (fig. 1 bis), datables entre los siglos I al III d. C., aunque su excesiva fragmentación hace muy difícil establecer semejanzas tipológicas específicas, si bien algunos elementos decorativos son de origen sud-gálico (Mezquiriz, 1978). Tampoco se encontraron estructuras fechables en este momento.

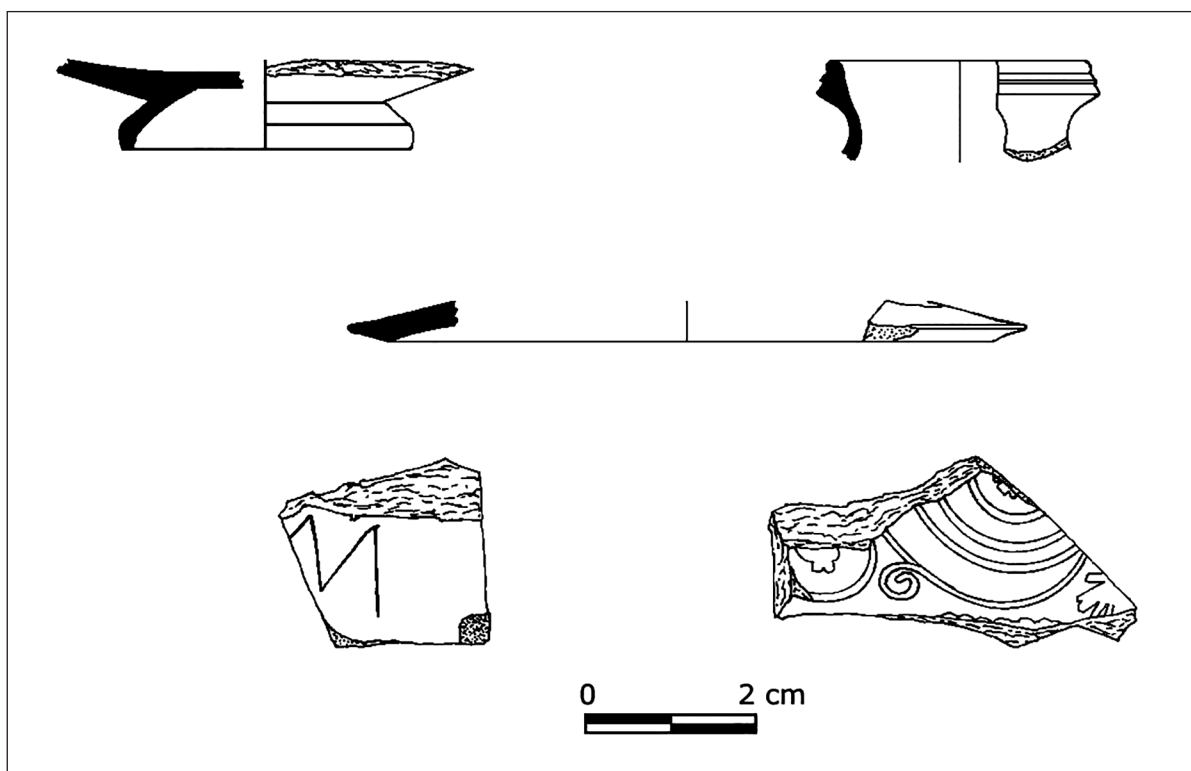


Figura 1bis. Fragmentos de cerámica romana (*terra sigillata*): bases de cuencos, borde de tapadera y fragmento de pared con decoración de tipo sud-gálico (Navark S.L.).

Aparecieron restos constructivos en las galerías sur y este. Se trata de un hito de piedra, un muro de piedra caliza –que aprovecha ese hito– y un muro de cantos rodados en la crujía sur; además, un corto tramo de muro de cantos rodados en la crujía este, de similar técnica constructiva que el de la crujía meridional (fig. 2). Su posición estratigráfica definió su cronología: claramente anteriores al siglo XIII, construcción del claustro medieval, pues fueron cortadas por las zanjas de su cimentación.

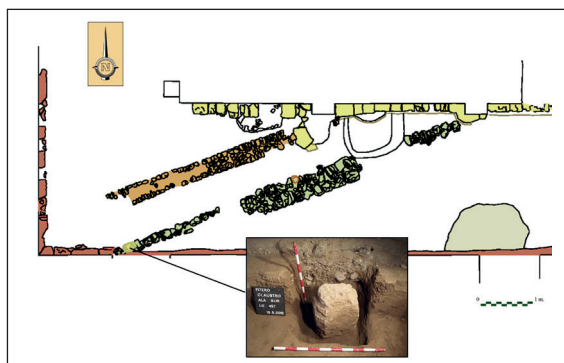


Figura 2. Muros divisorios de fincas anteriores al monasterio. En el recuadro, hito límite de parcelas (Navark S.L.).

La ausencia de cualquier tipo de pavimento o suelo asociado a estas estructuras, la presencia del hito reutilizado, una orientación similar y el perfecto paralelo de su trazado llevan a pensar que pudieron tener la función de separar fincas o parcelas de cultivo. En un primer momento se utilizarían mojones, y con posterioridad, para reforzar esos límites, se levantarían las tapias. El modo constructivo a base de cantos rodados es común en la zona geográfica de Fitero. Esta técnica se ha documentado arqueológicamente en dos yacimientos arqueológicos de Corella, el asentamiento tardo-antiguo y altomedieval de La Dehesilla y el castillo medieval de Ara-

ciel². Así, estos restos constructivos podrían ser huellas de las parcelas de terreno existentes en el lugar donde los monjes de Fitero decidieron levantar su monasterio.

3.2. Periodo 2: construcción de la iglesia monástica y del claustro

La documentación escrita aboceta a grandes rasgos el proceso constructivo en dos fases de obras. La iglesia abacial se habría empezado a construir hacia 1185 por la cabecera y la girola, deteniéndose la construcción a finales del siglo XII; el proceso se reanudó a partir de 1210-1214 hasta 1247, cuando se completó la construcción de la iglesia –naves y pies– y del claustro, aunque quizás se siguiese trabajando en las dependencias occidentales del claustro a lo largo del siglo XIII (Melero, 2004).

La documentación del subsuelo del claustro y el análisis estratigráfico de las estructuras construidas han permitido ajustar la historia constructiva de este espacio monástico y afinar aspectos puntuales de la cronología propuesta hasta el momento sobre la construcción de los tramos de la iglesia que conforman las crujías norte y este del claustro.

3.2.1. Primera Fase: construcción del brazo sur del transepto de la iglesia

El cimiento de los tres primeros tramos del muro este de la galería oriental difiere considerablemente del que sustenta al resto de la misma: es la base del muro occidental del transepto sur de la iglesia. En él se abren dos puertas, la de acceso a la librería, más al norte, y la puerta de la sacristía (Olcoz, 2008). Su construcción ha sido datada en las dos últimas décadas del siglo XII (Olcoz, 2008) (fig. 3).

2 Navark S.L., *Informe del proyecto de delimitación de los yacimientos «La Dehesilla» y «Castillo de Araciél» (Corella, Navarra)*, Estella, 2007 (inédito).



Figura 3. A la derecha, muro oeste del brazo sur del transepto meridional de la iglesia (Navark S.L.).

3.2.2. Segunda Fase: construcción del muro sur de la iglesia y de las galerías del claustro

En esta segunda fase se completó el templo abacial y se levantó el claustro medieval.

La iglesia

El muro sur de la iglesia –norte del claustro– poseía originalmente contrafuertes, con su cimiento y mientras se construía el muro pero antes de finalizar el cuarto contrafuerte (desde el este hacia el oeste), aún parcialmente levantado (Subfase 2-1), se engrosó el muro de la iglesia rellenando el espacio entre contrafuertes para generar una pared lisa. En ella son visibles a simple vista las uniones de los sillares del engrosamiento a los contrafuertes. Este cambio constructivo culminó con la fusión de ambas obras en la esquina noroeste de la crujía (Subfase 2-2). Ahí se construyeron cinco lucillos sepulcrales, agrupados tres y dos, al fondo de los cuales se aprecia el muro de la iglesia.

Ambas fábricas son contemporáneas: el tipo de piedra empleado, la piedra arenisca denominada «piedra de los Baños», la labra utilizada en ellas y, por último, la presencia de las mismas marcas de cantero en las dos estructuras. Ha de tenerse en cuenta que la piedra empleada en la construcción del claustro renacentista no tiene nada que ver con la de la iglesia y su engrosamiento por lo que no puede fecharse la construcción del muro y sus lucillos en ese momento. Se levantarían en el segundo momento constructivo del cenobio, como dos fases de ese mismo impulso constructivo (Melero, 2004). Los lucillos sepulcrales se fechan, así pues, en época medieval y no en el siglo XVI (Olcoz, 2008) (fig. 4).

Algunos datos apuntan a que, desde los primeros compases constructivos en el siglo XII, parece que el espacio destinado al futuro claustro, marcado ya por el transepto sur del

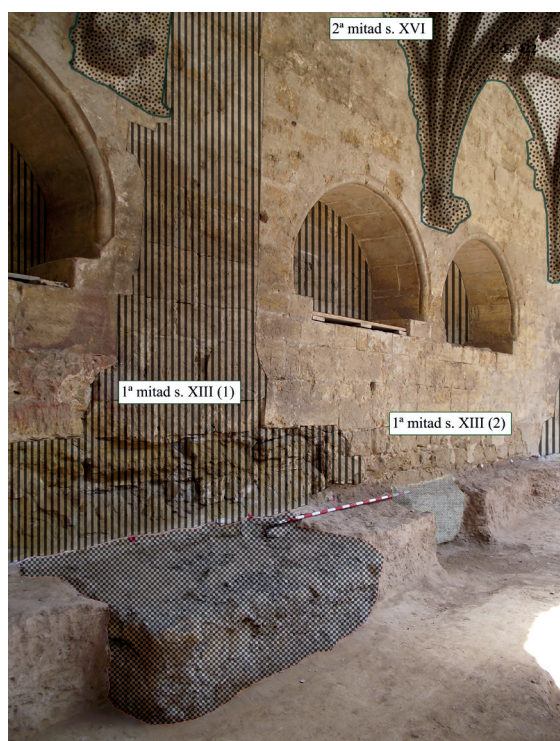


Figura 4. Muro sur de la iglesia. Se aprecian sus dos fases constructivas del siglo XIII (Navark S.L.).

crucero, se habilitó como lugar funerario. La documentación escrita indica ya la presencia de enterramientos en el monasterio en momentos de fines del siglo XII. De hecho, se documentó una estructura funeraria, antropomorfa y con cabecera monolítica con hueco para la cabeza, afectada por los cimientos del engrosamiento descrito. Se habría construido en la primera fase constructiva, una vez levantada la cabecera y el brazo sur del transepto.

El claustro

En primer lugar, se describen los muros perimetrales, después las cimentaciones del banco del claustro medieval y, finalmente, se exponen las conclusiones respecto a la cronología.

El muro norte del claustro ya se ha descrito al tratar de la iglesia monástica, por lo que nos

remitimos a ese capítulo. La galería oriental del claustro se completó adosando al transepto sur el resto de su cuerpo constructivo (este ala tenía en su primer piso el dormitorio medieval). Aquí, además de la sala capitular, hay, de norte a sur, tres vanos: la puerta de la escalera de día para subir al dormitorio, la entrada al locutorio y a la huerta y el acceso al escritorio o sala de los monjes (Olcoz, 2008); el espacio tras esas puertas está hoy ocupado por las dependencias del Cine Calatrava, levantado en los años cuarenta del siglo XX. La culminación del brazo este del claustro, incluida la sala capitular, se habría dado en la segunda fase constructiva del complejo fiterense (Melero, 2004) (fig. 5).



Figura 5. Fases constructivas de la crujía oriental del claustro (Navark S.L.).

El muro sur del claustro es posterior al muro oriental, se adosa a éste y los muros no están imbricados. Este muro tiene dos momentos constructivos, ambos del siglo XIII. El más antiguo (A) utiliza sillares como en la galería este, de «piedra de los Baños», y su trazado va desde la esquina sudeste del claustro hasta la esquina sudoeste. El más moderno (B) lleva sillares producidos para abordar el segundo impulso constructivo del monasterio y ocupa el resto de la altura del muro meridional (fig. 6). En el muro sur se

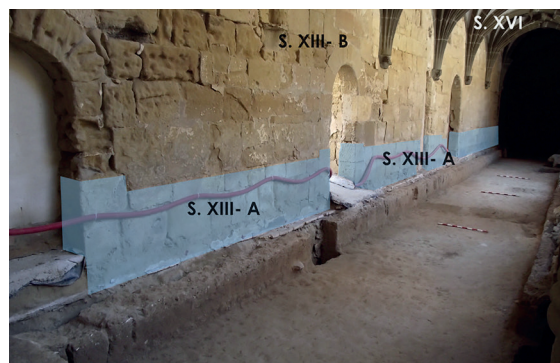


Figura 6. Fases constructivas del muro sur del claustro (Navark S.L.).

abren los accesos al calefactorio, refectorio y cocina monásticas. Su cimiento se prolonga hasta conformar la cimentación del muro oeste del claustro.

El cimiento del muro oeste es anterior a los enterramientos de esa galería, pero posterior al de la iglesia, siempre dentro de la segunda fase constructiva. Pero el alzado del muro oeste es posterior al muro sur del claustro, a la iglesia y a los enterramientos. Las bóvedas renacentistas de la galería son coetáneas al muro en el que se asientan, es decir, que el muro medieval fue demolido en la segunda mitad del siglo XVI para levantar uno nuevo, el mismo que el del sobreclaustro (fig. 7).

El claustro medieval no se ha conservado, pero sí sus basamentos, empleados para construir el renacentista. La cimentación varía según las diversas pandas del claustro, piedra pequeña cogida con una argamasa de cal muy dura en las galerías norte y oeste, sillarejo de arenisca con argamasa o sillares de arenisca en la panda meridional. Se observan, en todas las crujías, unos engrosamientos a intervalos regulares, destinados a reforzar el cimiento para recibir los pilares de la arquería claustral (fig. 8). Esto es, que el desaparecido claustro medieval pudo tener igual número de arcos que el renacentista, seis por crujía, incluida



Figura 7. Muro oeste del claustro, levantado en la 2.ª mitad del siglo XVI (Navark S.L.).

la este, que en el renacentista tiene siete; de hecho, aún se aprecia el anclaje de la bóveda medieval en el paño del tramo tres de la crujía oriental. Así, la arqueología confirma las hipótesis previas sobre las dimensiones y características del claustro medieval de Fitero (Martínez, 2007).

3.3. Periodo 3: cementerio del claustro

Tres pandas fueron utilizadas como cementerio desde el siglo XIII hasta el siglo XVI y en ellas se inhumaron 472 personas, hombres,

mujeres y niños (Ramos Aguirre, 2019). Se documentaron 126 individuos en conexión anatómica y restos humanos incompletos pertenecientes al menos a 346 personas. No se han realizado aún estudios antropológicos sistemáticos, de modo que no se conoce el sexo de todos los individuos inhumados en el claustro, aunque se puede avanzar que había al menos dieciocho varones adultos, catorce féminas adultas y ocho infantiles, niños o niñas (son 40 de un total de 126, esto es un 32 % aproximadamente). Se hizo una selección para un estudio paleo-antropológico a cargo de la doctora



Figura 8. Cimentación del banco del claustro con los engrosamientos de refuerzo para los pilares de la arquería (crujía norte) (Navark S.L.).

M.^a Paz de Miguel Ibáñez de 23 individuos bien fechados o con patologías especiales, incluida una mujer fallecida en el parto³ (fig. 9).

Sólo el ala sur, acceso a la cocina, refectorio, calefactorio, etc., sujeta probablemente a un tránsito constante, no se empleó como cementerio. Se comenzó a usar como espacio de enterramiento una vez rematada su construcción, pues ninguno de los enterramientos documentados fue afectado por cimentación

u obra constructiva alguna (fig. 10). Un texto de 1185-1187 recoge la afirmación de Rodrigo, obispo de Calahorra, de que fue él quien consagró el cementerio (*cimiterium*) del monasterio de Fitero (Rodríguez de Lama, 1979).

Ha de tenerse en cuenta un hecho importante previo: los enterramientos tuvieron lugar en el claustro de un monasterio cisterciense, no en un claustro funerario de una iglesia parroquial, algo bastante más común.

3 Un avance se publica en De Miguel y De Miguel, 2019.



Figura 9. Enterramientos masculinos, femeninos e infantiles (n.ºs 1, 2 y 3) e inhumación de una mujer fallecida durante el parto – se aprecia el feto en la pelvis (n.ºs 4 y 5) (Navark S.L.).

Las normas primitivas de la orden del Císter, desde su fundación en 1098, prohibían expresamente el entierro de laicos en sus monasterios, a pesar de que su prestigio atraía los fieles para buscar su lugar de descanso final al amparo de los monjes blancos. El tiempo flexibilizó y relajó estas normas, de modo que en la segunda mitad del siglo XIII desapareció la prohibición del entierro de laicos. Eso sí, al principio sólo podían inhumarse en el claustro personajes importantes, benefactores del cenobio, y el resto de fieles se acogía al cementerio monástico.

La autorización al entierro de laicos en los monásticos ayudaría a las finanzas de la institución monástica con los ingresos obtenidos de los enterramientos y de los posteriores aniversarios en memoria de los difuntos (Carrero, 2006). Esta práctica trajo consecuencias para la arquitectura monástica, ya que a partir de entonces los monasterios, diseñados sin espacios funerarios, incluyeron zonas funerarias hasta conver-

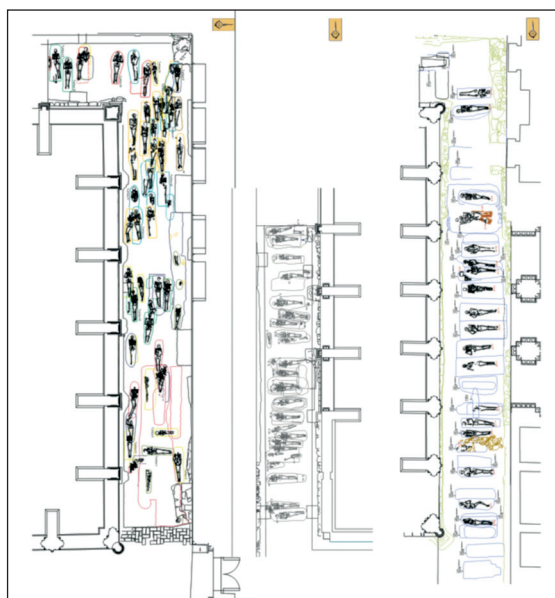


Figura 10. Plano general de los enterramientos en las tres pandas del claustro (de izda. a dcha.: norte, oeste y este) (Navark S.L.).

tirlas en verdaderos panteones (López de Guereñu, 2007). Ha de considerarse también un aspecto práctico para este diseño: la presencia de inhumaciones en un espacio de circulación como un claustro. Aunque las sepulturas no llevasen laudas, cubiertas u otras marcas de señalización, tras realizar un enterramiento la tierra forma un montículo que desaparece conforme se descomponen el cuerpo allí enterrado. Estas elevaciones ofrecerían un obstáculo al tránsito, realidad que obligaría a concentrar los espacios funerarios en un lado y las zonas de comunicación y actividad monástica en otro. Es una imagen habitual en Libros de Horas medievales las vistas de cementerios con tumbas recién completadas sobre las que aparece un montículo de tierra (Alexandre-Bidon, 1996).

A la información aportada por la estratigrafía debe añadirse la proporcionada por las monedas puestas en la mano de algunos difuntos. Sólo 21 de los 126 enterrados en el claustro portaban moneda en sus manos (el 16 %);

de ellos doce se encuentran en la crujía norte y nueve en la oeste. Sólo cuatro de ellas son enterramientos aislados, el resto forman parte de grupos de enterramientos, esto es, sepulturas realizadas sucesivamente en el mismo espacio. Tres monedas se fechan en la segunda mitad del siglo XIV, dos a mediados del siglo XV, once a finales del siglo XV e inicios del XVI y cuatro en la primera mitad del siglo XVI (fig. 11). Hay un único grupo de enterramientos del ala norte donde se documente una secuencia desde el siglo XIV al XVI; el resto de los enterramientos fechables se sitúan entre finales del siglo XV y mediados del XVI.



Figura 11. Monedas halladas en la mano: 1, parpallola de plata de Carlos II (1849-1387); 2, dinero de Carlos II; 3, carlín prieto de Carlos II; 4, cornado de Blanca de Navarra y Juan (1425-1441); 5, cornado de Carlos, príncipe de Viana (1441-1461); 6, blanca de los Reyes Católicos (1474-1504); 7, cornado de Catalina de Foix y Juan de Albret (1483-1512) (Navark S.L.).

Han de añadirse algunas reflexiones sobre esta cronología. Los enterramientos más antiguos, fechados por la presencia de monedas en la mano de los difuntos, se remontan al reinado de Carlos II de Evreux (1349-1387). Pero su hijo, Carlos III, hizo sólo una limitada acuña-

ción de moneda, entre el 27 de enero de 1387 y el 13 de agosto de 1390, y ya no volvió a emitir moneda, utilizando las últimas acuñaciones del reinado de su padre (Ibáñez, 2019, p. 65). Por ello esas dataciones no debieran situarse sólo en época de Carlos II sino llevarse hasta 1425, fecha del fallecimiento del rey Noble. El dinero tiene unas fechas de acuñación que no tienen por qué corresponder al tiempo de circulación. Esto es, la presencia de una moneda de Catalina y Juan en una inhumación no tiene que significar que ese entierro se hiciese durante su reinado ya que esa moneda pudo estar circulando, o tesaurizada, tiempo después de su acuñación. Evidentemente, no se realizaron dataciones con las monedas incluidas en los depósitos que llenaban las fosas, pues no tienen relación directa con el difunto y su llegada a la fosa pudo provenir de remociones de tierras efectuada en cualquier momento del uso del claustro como cementerio (Sánchez & Roma, 2014).

El espacio ocupado por los grupos de enterramientos está ordenado en una agrupación de entierros en lugares concretos. Fue más fácil mantener diferenciadas esas áreas funerarias en las galerías este y oeste pues su anchura facilita la disposición en filas ordenadas y a distancia entre ellas, enterrando el cuerpo orientado de oeste a este. La galería norte no permitía tal separación por su orientación y su anchura, de modo que en ella las agrupaciones de inhumaciones parecen un tanto difusas.

La estratigrafía de los enterramientos, agrupados y aislados, de las construcciones funerarias y las dataciones que proporcionan las monedas, establecen una sucesión de enterramientos englobable en dos grandes períodos: siglo XIII y siglos XIV-XVI. Es muy difícil diferenciar fases dentro de esos grandes períodos, sobre todo en el segundo, por la ausencia de evidencias que soporten una clara sucesión de períodos diferenciados cronológicamente.

3.3.1. Primera fase de enterramientos: siglo XIII

La galería este es la única donde hay estructuras funerarias, once, construidas en piedra, de las cuales sólo fueron excavadas siete de ellas, quedando sin explorar el resto. La calidad de estas obras es evidente a primera vista. Ocho son sencillas y tres son pareadas (fig. 12). Las pareadas, y una simple, están hechas con sillares bien labrados, de piedra arenisca y piedra «de los Baños» (fig. 13); alguno de ellos tiene idénticas marcas de cantero y labra que los utilizados en los muros norte y sur de los tramos finales de la iglesia (fig. 14). Su construcción se llevó a cabo una vez finalizada la construcción del claustro medieval.

Tienen una profundidad destacable, de más de 1 m, y dos de las pareadas presentan en sus paredes huecos para el alojamiento de

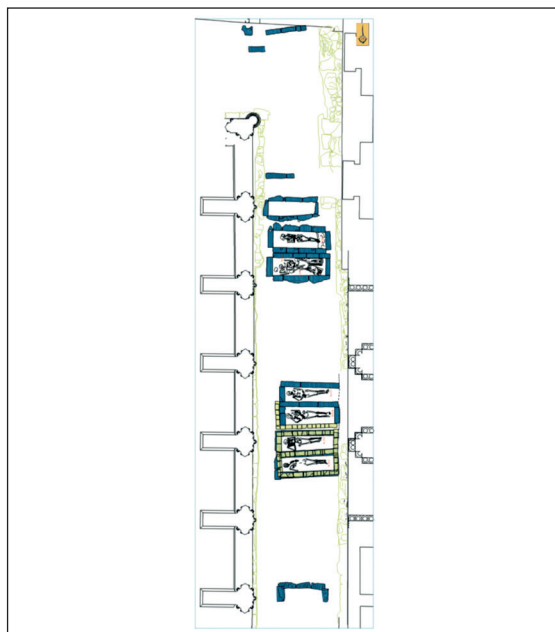


Figura 12. Estructuras funerarias situadas en la crujía oriental (Navark S.L.).



Figura 13. Detalle de los sillares que conformaban una de las construcciones funerarias. En la parte superior se observan huecos para las barras de soporte (Navark S.L.).

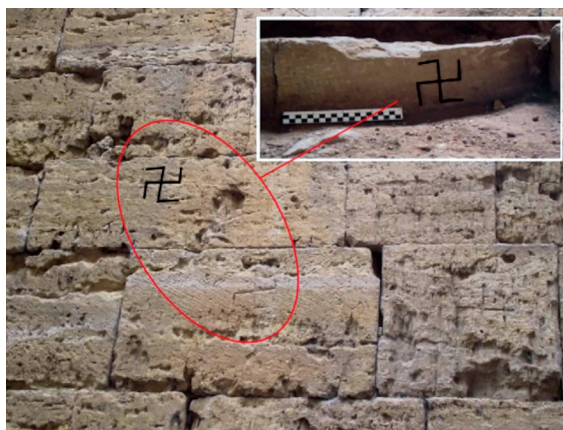


Figura 14. Marcas de cantero empleadas en la iglesia y en una estructura funeraria (Navark S.L.).

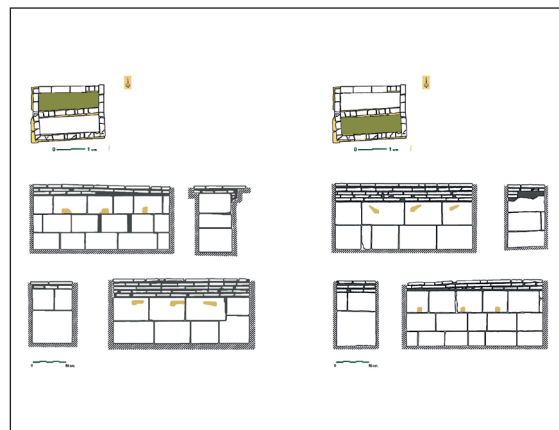


Figura 15. Planta y alzados de una construcción funeraria pareada; en las paredes, sombreados, los huecos para encajar los soportes de los ataúdes (Navark S.L.).

travesaños, casi seguramente de hierro, que llevan a pensar que se trate de «carnarios», enterramientos de carácter acumulativo. Los soportes aguantaban el ataúd hasta su descomposición, momento en que los restos caían al fondo y la estructura podía volver a utilizarse, retomando las inhumaciones (fig. 15). Pero esas estructuras estaban incompletas, con las barras desmontadas y con ausencia de hiladas de piedra pues en origen eran más altas (fig. 16). Los enterramientos hallados dentro de las mismas eran posteriores a las inhumaciones originales.

Estas tumbas, con total seguridad y a pesar de la tradición existente, no corresponden a los abades del monasterio, a cuyo entierro, según la misma creencia, también se habrían destinado los lucillos de la cruz septentrional. (García Sesma, 1981): entre los individuos allí inhumados los hay de sexo femenino, más el hallazgo de acicates, prueba de su carácter civil, no monástico. De hecho, habitualmente los abades se enterraban en la sala capitular, lugar donde tantas reuniones de monjes habían presidido, como se ve en monasterios como La Oliva (Navarra) (Munita, 1995). Como la capítula no fue objeto de excavación arqueoló-

gica durante la restauración del claustro, no se pudo comprobar, o descartar definitivamente, esta práctica. El ajuar funerario (ataúdes de madera forrados con tela y decorados con tachuelas y cintas textiles formando dibujos, elementos del vestido o la presencia de acicates de hierro sobredorados con las hebillas de su correa) muestra que los enterramientos primigenios pertenecieron a individuos de nivel social elevado, datables en el siglo XIII. Se trataría de personas con la calidad social o, al menos, la capacidad económica para erigir estas tumbas, según una práctica corriente en el medievo hispano (Carrero, 2011). Desgraciadamente, desde el punto de vista arqueológico, estas piezas aparecieron descontextualizadas en los depósitos que colmataban esos espacios funerarios. Es decir, acompañaban a los individuos originalmente inhumados en esas sepulturas privilegiadas, pero al reutilizarse y removerse para tumbas posteriores, se volvieron a colocar, ya desbaratados, sobre las últimas inhumaciones.

Inhumarse en el monasterio de Fitero no era una novedad para la comunidad cisterciense. Ya en 1161-1182, 1174 y 1189 se documentan enterramientos (Pavón & García



Figura 16. Vista superior de una las estructuras desmanteladas donde aún se ven sillares de las hiladas superiores (Navark S.L.).

de la Borbolla, 2007). Con el monasterio en proceso de construcción, hay pruebas de usos funerarios desde fines del siglo XII, consagración de su cementerio, en 1230 y en 1242. Y aun sin pruebas escritas, la documentación arqueológica es suficiente, pues prueba la cronología y el nivel social de las personas inhumadas en esta primera fase de enterramientos del claustro fiterano.

El aprovechamiento de las construcciones funerarias en la segunda fase de inhumaciones del claustro dificulta conocer el número de personas que recibieron ahí su última morada. Una cifra mínima sí se puede avanzar si consideramos que se habría producido al menos una inhumación por estructura, es decir, once. No pudo averiguarse cuándo dejaron de emplearse estas estructuras funerarias.

3.3.2. Segunda fase de enterramientos: siglos XIV-XVI

El claustro se utilizó como cementerio casi con seguridad hasta el inicio de las obras de construcción del claustro renacentista. No hay datos del momento exacto en que se empieza a usar ampliamente como lugar de entierros. Como mínimo ya se empleaba en la segunda mitad del siglo XIV, tal como prueban las monedas de Carlos II de Evreux, y la numismática indica que el máximo apogeo de enterramientos se situaría en la segunda mitad del siglo XV y la primera mitad del siglo XVI.

La documentación arqueológica muestra que el claustro fue alterado y quedó en el estado previo a la restauración del siglo XXI. Todo apunta a una reforma radical a raíz del inicio de estas inhumaciones: el rebaje del nivel original de circulación de sus galerías para crear un espacio destinado al uso cementerial. Es una obra extraña, pues lo habitual era recrecer los espacios y elevar los niveles de circulación, en ocasiones hasta 1 m. por encima del original (así ocurrió en Ujué: Unzu, Faro & García-Barberena, 2011). Este raro rebaje, muy parecido, puede verse en el monasterio zaragozano de Santa María de Rueda (Carrero, 2011).

Esta obra dejó a la vista hiladas de las piedras de mala calidad que regularizaban los cimientos para levantar el muro principal excepto en la sala capitular con sus paredes cubiertas por un alto banco corrido de madera que impide ver los muros y, con ello, las huellas de esa reforma del suelo. La cota de su nivel superior, donde empiezan los alzados de buena calidad, coincide con la del suelo de la iglesia. Por ello, la restauración del claustro, para abrir las puertas de armario y sacristía medievales, dotadas de una puerta de madera, hubo de salvar ese evidente desnivel entre iglesia y claustro mediante dos escalones (fig. 17). Además, dos estructuras funerarias del tipo «carnario»



Figura 17. Hiladas de piedra de mala calidad visibles tras el rebaje del suelo del claustro (siglo XIV); las flechas marcan el nivel original del pavimento claustral (1, crujía norte, 2 y 3, panda este y 4, el mismo muro oriental tras la restauración) (Navark S.L.).

fueron recortadas y se eliminó su parte superior que hubo de nivelarse con posterioridad. Estas construcciones se cerraban con una losa movable y no se ha conservado ninguna. De ahí surge una pregunta: si el suelo desde el que se usaban los «carnarios» hubiese estado casi al mismo nivel que las rejas, éstas no se podrían haber usado nunca. Así que ¿por qué embarcarse en una construcción inútil? Pero las estructuras sí se emplearon como lugar de enterramiento. Por ello, para reutilizar esos espacios como tumbas, las repararon y recrecieron con ladrillo (fig. 18).

Las relaciones estratigráficas entre elementos constructivos y funerarios del claustro y sus dataciones, permiten fechar esta obra en la segunda mitad del siglo XIV, años en los que se documenta un buen número de habitantes en Fitero (Olcoz, 2008). El motivo de la misma habría sido el aumento poblacional en la villa que llevaría a usar el claustro como cementerio de la comunidad. La proliferación

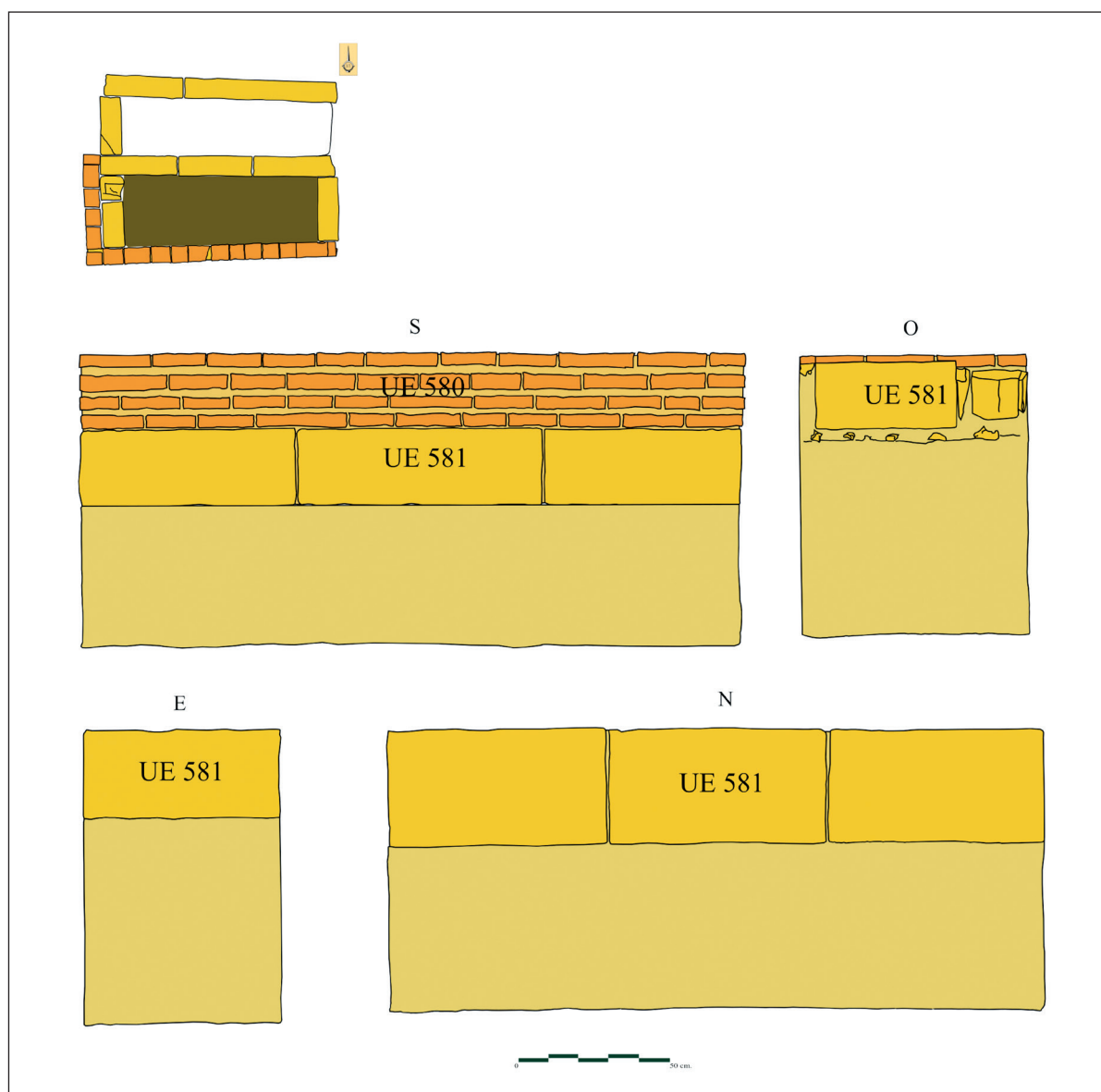


Figura 18. Planta y alzados de la construcción funeraria 7-8 con su recerimiento de ladrillos (UE 580) (Navark S.L.).

de inhumaciones podría asociarse a la marcha de los monjes del monasterio a vivir en Tudela –donde estuvieron entre 1430 y 1445– momento en el que el concejo de Fitero alcanzó una gran autonomía (Goñi, 2008; Olcoz, 2008). Esta situación animaría a los laicos de Fitero a ocupar el claustro.

3.4. Periodo 4: construcción del claustro renacentista y abandono del cementerio (siglos XVI-XVII)

Las obras de construcción del nuevo claustro llevarían a la clausura de la necrópolis, primero la galería oriental y después el resto. Las

primeras noticias de la obra, iniciativa del abad fray Martín de Egüés y Pasquier (1502-1540), son de 1512, y en 1540 se estaba levantando la crujía de la capítula; el resto de las galerías se construyó en el abaciado de fray Martín de Egüés y de Gante, sobrino del anterior (1540-81) (Menéndez Pidal, 2007), obra finalizada algún tiempo después de 1572 (Fernández, 1997) (fig. 19).



Figura 19. Escudos de armas de los abades fray Martín de Egüés y Pasquier (1502-1540) (1) y fray Martín de Egüés y de Gante (1540-81) (2) (Navark S.L.).

Es posible que siguiese el uso funerario en la crujía norte, aprovechando los lucillos sepulcrales medievales, muy posiblemente para enterramientos con carácter privilegiado. En uno de ellos, abierto de manera irregular y

descontrolada, se halló un esqueleto en cuyo pecho descansaba un crucifijo de elevada calidad escultórica, pieza que, según manuscrito inédito de F. Menéndez Pidal, habría pertenecido al abad fray Martín de Egüés y Gante (García Sesma, 1981). Se trata de un crucifijo de marfil colocado en una cruz de madera de ébano rematada por decoración de plata y de probable origen italiano (Olcoz, 2007; Aznar, 2018). Resaltaría el carácter cementerial de este rincón del claustro un programa decorativo renacentista relacionado con el final de la vida, con un capitel con el carro de la Muerte, la leyenda *RESPICE FINE* (mira el final), un anciano y un niño con una calavera en la mano; decoración complementada con bóvedas decoradas con motivos relacionados con San Pedro, el Cielo y el Infierno (Aznar, 2017).

La necesidad de una necrópolis para la población de Fitero desde el siglo XVI se solventaría con la habilitación como espacio funerario de la plaza sita ante la puerta principal del templo, en el hastial oeste. Este cementerio, del que hay algunos indicios –hallazgos de estelas funerarias y restos esqueléticos humanos– se encuentra muy escasa y superficialmente conocido (Olcoz, 2008 p. 21) y sirvió como espacio funerario de la villa hasta la creación del cementerio extramuros. A lo largo de la Edad Moderna, hasta el siglo XVIII al menos, los vecinos más pudientes de Fitero se enterraban en el interior de la iglesia y los habitantes menos afortunados económicamente en el cementerio exterior arriba citado (García Sesma, 1986).

El claustro renacentista aprovechó el cimiento de la obra medieval. Una vez derribada aquella, regularizaron la antigua cimentación y construyeron el banco renacentista con sus pilares. Estos trabajos no llegaron a afectar a los niveles que sellaban el cementerio, ni mucho menos a éste, hecho que nos lleva a corroborar la hipótesis de que las inhumaciones en esta galería del claustro fiterano cesaron a causa de las obras de reconstrucción

del claustro. Las bóvedas de la crujía este se anclaron en la pared sur de la iglesia, el muro oeste del transepto y en las paredes este, sur y norte del claustro medieval mediante una serie de visibles cortes (fig. 20). En cambio, el muro oeste y sus bóvedas se construyeron con el claustro renacentista y con el sobreclaustro, en el último impulso constructivo del claustro, y presenta elementos decorativos propios de la arquitectura herreriana en la puerta del actual baptisterio que se abre en su extremo norte (Olcoz, 2007, p. 48) (fig. 21).



Figura 20. Corte efectuado (marcado con flechas) en el muro oriental del claustro (siglo XVI) (Navark S.L.).

La reforma del claustro cambió el formato de la sacristía de origen medieval, aun manteniendo el mismo uso⁴. Su acceso fue cegado con una pared donde se colocó un aguamanil con su canal a un pozo excavado en el claustro. El pozo serviría para desaguar el lavamanos, usado algunos años del siglo XVI, pues, evidentemente, la cantidad de líquido empleado en el lavado de las vinajeras, patenas, etc., no sería muy grande; el depósito que llenaba el fondo del pozo contenía un gran lote de fragmentos de vidrio muy finos y fragmentados, pertenecientes a vinajeras y otros recipientes de uso cultural. La creación de esta dependencia, con su aguamanil, quedó fijada como imprescindible tras el concilio de Trento (1545-1563) y deriva del ritual fijado por el *Misal Romano* para la celebración de la misa que se iniciaba en la sacristía con el lavatorio de las manos por el celebrante quien después pasaba a revestirse (fig. 22). La cronología de esta pequeña obra se situaría una vez acabada esta galería del claustro renacentista. La puerta de la antigua biblioteca medieval, poco más que un gran armario, pudo cegarse a comienzos del siglo XVII, cuando se construyó la biblioteca nueva sobre el refectorio medieval (Olcoz, 2008).

El claustro se decoró al final de la obra. La información recopilada durante estos trabajos arqueológicos permite recrear cómo era la decoración del claustro que, por otra parte, se apreciaba antes de la restauración y, más claramente, en imágenes históricas del claustro de Fitero. En fotos del Archivo Mas (1906-1932) se ven restos de las molduras y los enlucidos en blanco y negro en la esquina nordeste del claustro. Fotos de los años 1964-65 del pasado siglo de la Institución Príncipe de Viana permiten ver esa «sillería» en la galería sur. La parte baja de muros y banco del claustro se decoraba

4 Agradezco a R. Fernández Gracia la noticia de la existencia de esta sacristía, anterior a la renacentista, que se utilizó hasta el siglo XVIII, momento en que se construyó la sacristía hoy día en uso.



Figura 21. Puerta herreriana, hoy cegada, en la crujía oeste del claustro (Navark S.L.).

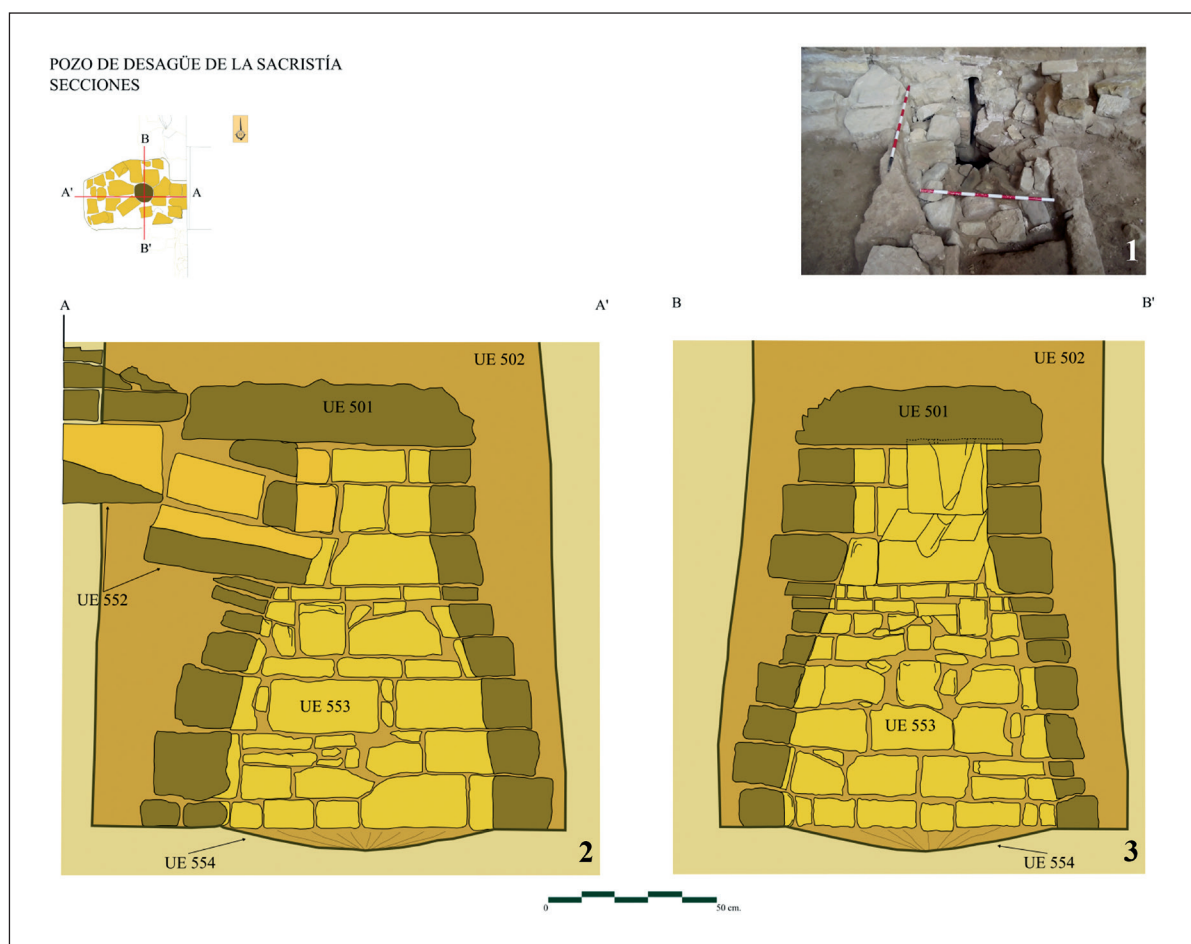


Figura 22. Boca de entrada (1) y secciones (2 y 3) del pozo para el aguamanil de la sacristía (siglo XVI) (Navark S.L.).

con un despiece de sillería en blanco sobre un fondo gris oscuro (fig. 23). El resto estaba pintado de blanco, muros y plementerías, y con pintura negra en nervaduras, capiteles y claves (fig. 24). A la altura de los capiteles se colocaron dos líneas de molduras pintadas de negro enmarcando un espacio blanco, parcialmente utilizado para colocar una leyenda escrita en negro dedicada a la vida de san Bernardo de Claraval, fundador del Cister (1090-1153). Parte se conservaba en la esquina sudeste, y decía así: LA B.^{[EN]DITA} ALEYDA, MADRE DE N. P. S. BERNARDO, PREÑADA DEL S^[AN]TO, SOÑABA Q[ue] (roto) ADMIRADA Y TE-

MEROSA DE LA NOUEDAD, DIO CUENTA DE ELLO [a] (roto) TE(n)DRIA POR HIXO A UN GRAN S^{[AN]ITO} Q(ue) CON SUS DISPUTAS Y SERMO[nes] (roto) (fig. 25). Es posible que esta leyenda sólo ocupase el lado sur del claustro, el más frecuentado por los monjes. Se conserva decoración pictórica en los tímpanos de los arcos de la sala capitular que muestra tres escenas relacionadas con la vida, y leyenda, de san Bernardo de Claraval fechables en los siglos XVII o XVIII (Aznar, 2017) (fig. 26). Esas escenas quedan bien descritas y detalladas en la obra citada por lo que no nos alargaremos aquí con su descripción.

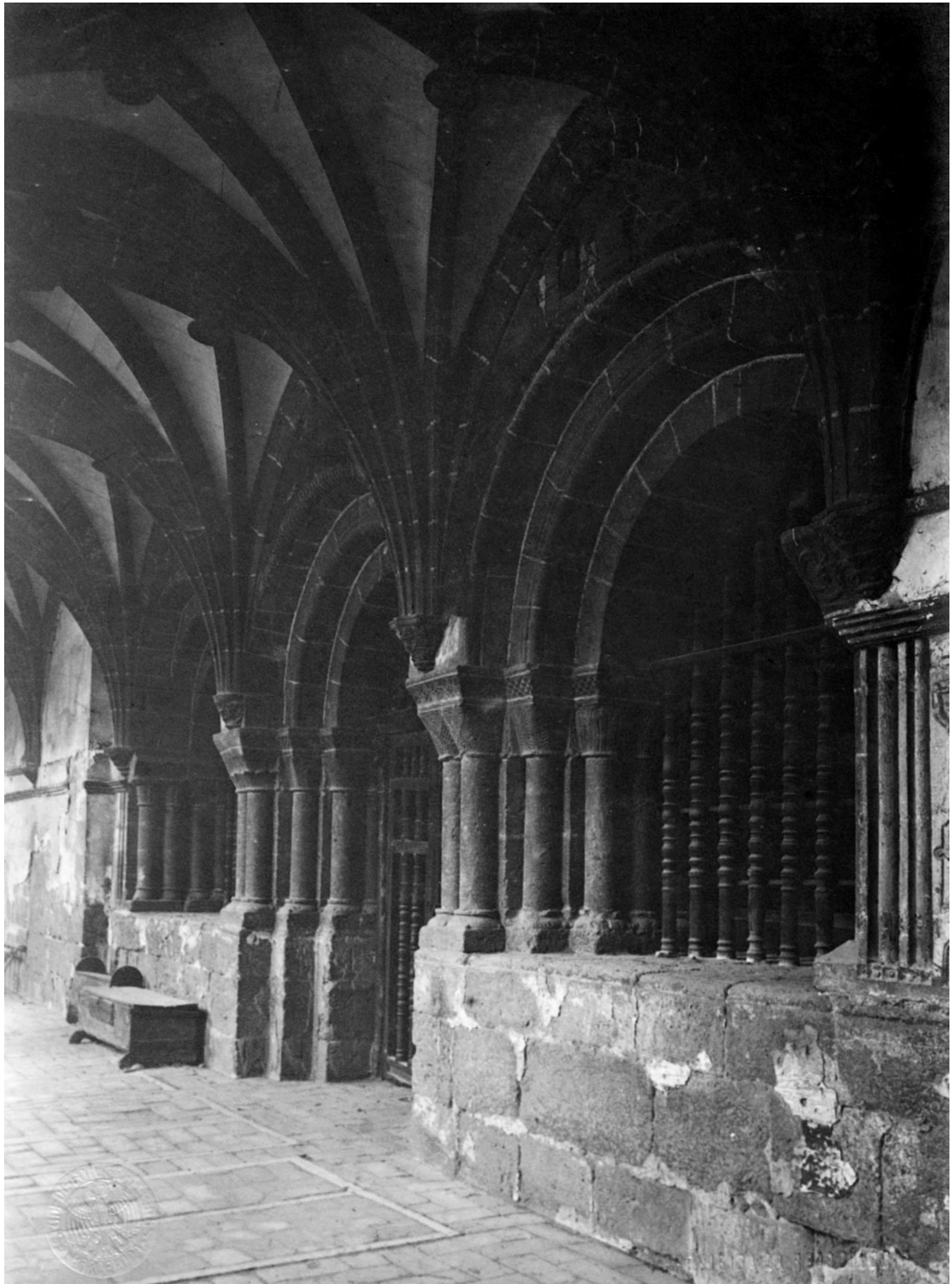


Figura 23. Fotografía de la crujía de la capítula entre 1906 y 1932 (Foto Archivo MAS).



Figura 24. Restos conservados de la decoración pictórica que imitaba sillería (Navark S.L.).

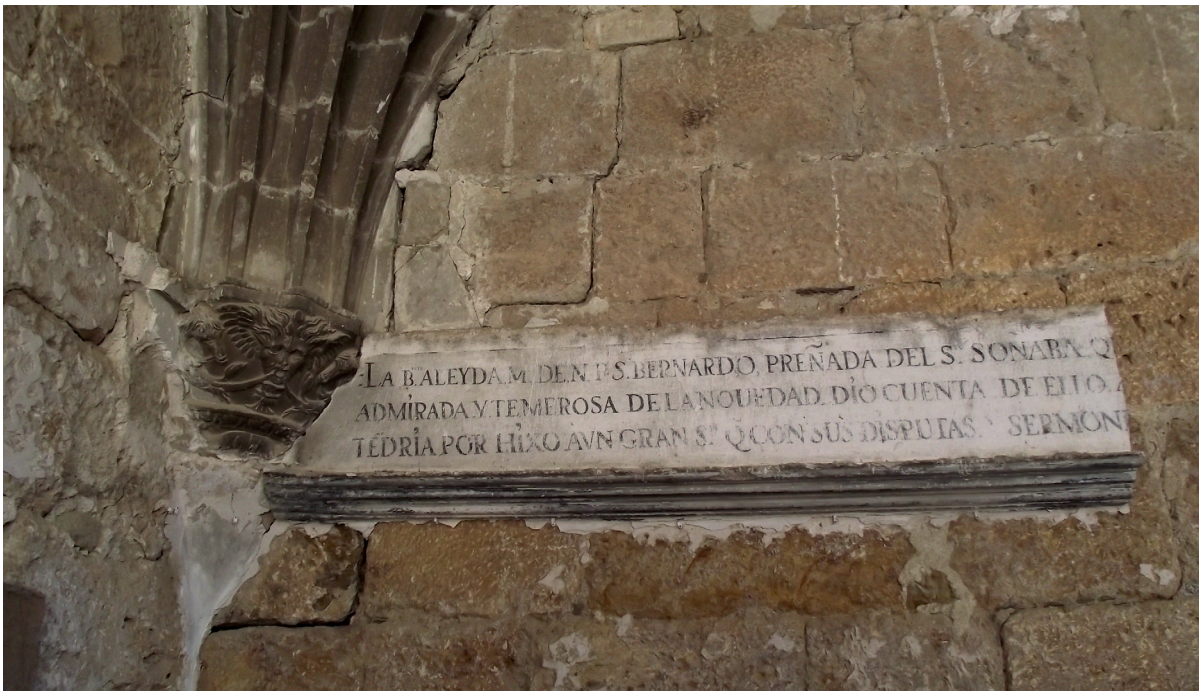


Figura 25. Fragmento de la inscripción dedicada a la vida de san Bernardo de Claraval (muro sur del claustro) (Navark S.L.).



Figura 26. Una de las escenas que decoran las enjutas de la puerta de la sala capitular: un personaje transportado en una litera se aproxima a un monje vestido de blanco (Navark S.L.).

Esta decoración se puede datar en época barroca, quizás al mismo tiempo que se colocaron una serie de cuadros con escenas sobre la vida de san Bernardo de Claraval, de los que sólo se sabe que existían ya antes de 1835 (García Sesma, 1981).

3.5. Periodo 5: siglos XIX a XXI

La esquina sudoeste del claustro se hundió en 1893 y fue restaurada poco después cegando los arcos con un muro de mampostería. Para dar más luz al espacio abrieron en el nuevo muro (panda oeste) una ventana estrecha y alta con un arco de medio punto. Esta reparación fue reforzada en 1964-1965 con dos pilares de hormigón y se cegó el vano (Berrozpe, 2012) (fig. 27). Todo se desmontó en la última restauración.

El claustro conservaba un suelo enladrillado a la mezcla –sustituido durante la restauración

del siglo XXI– que habría sido instalado a finales del siglo XIX o comienzos del siglo XX (fig. 28). Es decir, que este pavimento no era contemporáneo del claustro renacentista, la datación tradicional (Olcoz, 2008). Ese suelo sustituiría al existente en el momento del derrumbe, que habría sido dañado. La data moderna de ese suelo se apoya en que es idéntico al pavimento del sobreclaustro, cuya esquina noroeste también cayó en 1893 e hizo desaparecer ese piso superior, el sobreclaustro, reparado con el resto. Además, no presentaba los lógicos daños producidos por la caída de toneladas de piedra, y la reparación de la derruida esquina sudoeste es anterior a la colocación del suelo, que la reparación de 1964-1965 cortó. Por último, la puerta al claustro de la capilla de Todos los Santos fue tapiada en 1915 con una pared apoyada en ese enladrillado que solaba también la crujía oeste (vid. fig. 21). De este momento datarían las marcas de sepultura con madera en la crujía este acaso puestas allí en recuerdo de



Figura 27. Ventana de la reparación de la esquina sudoeste (fin siglo XIX) cegada con el refuerzo de hormigón (1965-66) (Navark S.L.).



Figura 28. Suelo de enladrillado a la mezcla del claustro antes de la restauración (siglo XIX) (Navark S.L.).

marcas existentes en el suelo anterior (fig. 29). Un pavimento similar se descubrió en la capilla de San Miguel del castillo de Javier, un suelo exactamente igual al de Fitero, un enladrillado a la mezcla, que se dató en el siglo XIX (López de Aberasturi & Pérez, 2007).

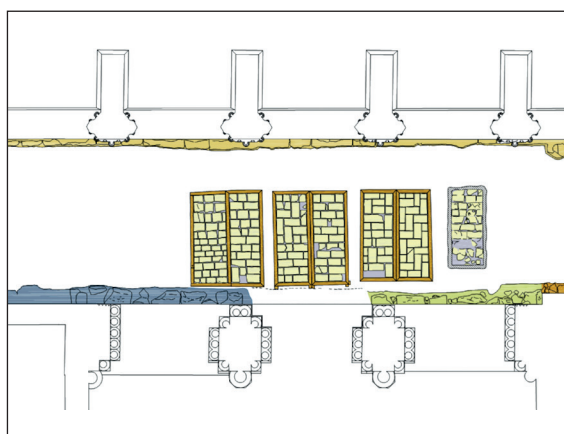


Figura 29. Marcas de sepultura a base de cercos de madera y ladrillos frente a la sala capitular (siglo XIX) (Navark S.L.).

A lo largo del siglo XX se realizaron muchas más reformas. Entre ellas destaca el cierre de las puertas de la crujía este, las del locutorio, de acceso a la huerta y de la escalera de día, en relación con la construcción del cine Calatrava en los años cuarenta del siglo pasado (fig. 30) y una puerta abierta en la crujía sur, luego cerrada, junto al acceso al refectorio medieval (Berrozpe, 2012).

4. EL CEMENTERIO DEL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE FITERO: PRÁCTICAS FUNERARIAS Y CONTEXTO HISTÓRICO

Este capítulo se divide en dos partes. En la primera se realiza una síntesis de las prácticas funerarias empleadas por los habitantes de Fitero en la Baja Edad Media e inicios de la Edad Moderna y en la segunda se contextua-

liza la necrópolis del monasterio de Fitero en el mundo funerario contemporáneo. La intervención arqueológica permitió llenar parte de algunas de las grandes lagunas todavía existentes sobre el mundo funerario en los periodos bajomedieval y moderno (Solaun et al., 2009).

4.1. Las costumbres funerarias en Fitero

El claustro fiterano sirvió como último lugar de descanso para un buen número de personas, hombres, mujeres y niños desde el siglo XIII a mediados del siglo XVI. En un primer momento, siglo XIII, consistió en una serie de inhumaciones con carácter privilegiado en la galería oriental. En un segundo periodo, del siglo XIV al siglo XVI, se ocuparon tres de sus galerías con enterramientos.

La documentación muestra la existencia de un núcleo de población laica, personal al servicio de las necesidades productivas del cenobio: braceros, pastores, agricultores, etc. con sus familias, mujeres e hijos, ya desde las últimas décadas del siglo XIV, con un importante crecimiento a lo largo del siglo XV (Olcoz, 2008). Esa población necesitaría, además de un espacio para la vida, de un ámbito para la muerte.

4.1.1. La última morada

La elección de sepultura era un acto personal libre. La preocupación por enterrarse en un lugar consagrado, sacralizado, y así asegurarse el Paraíso, influyó mucho tiempo en las prácticas funerarias cristianas, sumada al deber de orar por los difuntos. Las sepulturas eran un recordatorio directo y evidente de la existencia previa de los difuntos allí colocados y facilitaban las oraciones para su salud eterna (Pavón & García de la Borbolla, 2007). Tenemos un ejemplo en el propio cenobio fiterano, en la cesión de una viña hecha en 1189



Figura 30. Cerramiento de las puertas de la crujía este (del locutorio, de acceso a la huerta y de la escalera de día) obra de los años 40 del siglo XX (Navark S.L.).

por Jaime y su esposa Amunia al abad Pedro a cambio de sepultura y de oraciones tras su muerte⁵.

La ocupación de los espacios sagrados, monasterios e iglesias, con enterramientos arranca en torno al año 1000 y, en un largo proceso, culminará en los siglos XIII-XIV con la ocupación de sus áreas internas (Azkarate, 2007). Los monasterios fueron un lugar habitual, por ser lugares de culto y custodios de reliquias de mártires y santos. El mundo medieval veía el ámbito monástico como un espacio perfecto para lograr la santidad pues allí se separaban del mundo y sus tentaciones como un anticipo del Paraíso. La vida monástica solía identificarse con el desprecio sistemático de las realidades carnales y temporales, y servía como vía privilegiada de santificación (Pavón & García de la Borbolla, 2007).

Se conservan documentos de acuerdos de familias con el monasterio de Fitero a cambio del derecho a sepultura: Español de Tudején y su familia (entre 1161 y 1182), Calvet y su mujer Sancha (1174) y Jaime y su esposa, arriba citados. El año 1227, en plena construcción del monasterio, Ferran Zapata hacía lo mismo⁶. Una vez terminado el monasterio, ese deseo de inhumarse allí siguió vivo hasta el punto de atraer a magnates como Juan de Vidaurre, señor de Cornago, quien disponía en su testamento de 1242 ser inhumado a su muerte en Fitero⁷.

El prestigio de Fitero alcanzó un ámbito geográfico más amplio, dando lugar a disputas sobre los derechos económicos derivados de los enterramientos –arregladas con una concordia entre Juan, obispo de Calahorra, y los monjes de Fitero (1230)– o conflictos de intereses con la iglesia de San Miguel de Alfaro, resueltos con un convenio sobre los bienes de quienes se enterraban en el monasterio y las compensaciones económicas entre el convento y la parroquia (1273)⁸.

En ese sentido, ¿puede que esa afluencia temprana de fieles que deseaban el monasterio como última morada hubiese llevado a los monjes a replantear su proyecto constructivo, reformar el muro norte del claustro con lucillos sepulcrales y así generar un espacio funerario? Ello habría propiciado tal cambio de proyecto, pues parece improbable que los laicos se inhumasen dentro de la iglesia abacial o en el cementerio de los monjes, sito al norte, bajo la capilla de la Virgen de la Barda (Olcoz, 2008). Era habitual, al menos hasta el siglo XII, que los laicos se enterrasen en un cementerio al exterior del templo, anejo al de los monjes, pero separado del mismo (Bango, 1998). Los personajes de mayor rango social se diferenciarían del pueblo llano empleando un espacio propio adecuado a su dignidad, como la galería este. El claustro se reservaría a ellos –abades, caballeros, protectores del monasterio...– hecho documentado en otros claustros cistercienses (Santa María de las Huelgas en Burgos, Santa María de Huerta en Soria o en el de Santa María de Nogales en León, entre otros: Bango, 1998).

5 ARGN, *Clero, Fitero*, leg. 18, n. 234, fol. 312 (Monterde, 1978: n. 208).

6 Arigita 1900: n. 89; ARGN, *Clero, Fitero*, leg. 40, n. 415 (Monterde 1978: n. 174) y ARGN, *Clero, Fitero*, leg. 18, n. 234, fol. 314 (Ostolaza, Monterde & Panizo: 193), respectivamente. El monasterio de Fitero se encontraba donde hoy se ubica, llamado entonces de Castellón, desde 1152 al menos, aunque el cenobio actual no empezaría a construirse hasta 1185 (*vid. supra* nota 11).

7 ARGN, *Clero, Pergaminos, Fitero*, n. 178. Evidentemente, ningún documento precisa el lugar exacto donde deberían realizarse los enterramientos, que bien pudo ser el claustro, bien otro lugar del recinto monástico.

8 ARGN, *Clero, Pergaminos, Fitero*, n. 477 y ARGN, *Clero, Fitero*, leg. 18, n. 234, fol. 314 (Ostolaza, Monterde & Panizo 2011, p. 193).

El monasterio de Fitero no es una excepción en la Navarra medieval, y los testimonios de enterramientos en monasterios abundan desde el siglo XI. San Salvador de Leire fue escogido como última morada, primero por los reyes de Pamplona y posteriormente por otras personas a lo largo del siglo XII. También el monasterio de Santa María de Irache y los claustros de las catedrales de Pamplona y Tudela, fueron seleccionados para el entierro de numerosas personas en los siglos medievales (Pavón & García de la Borbolla, 2007; Mezquiriz & Tabar, 2007; Sesma, Tabar & Navas, 2006).

4.1.2. ¿Enterramientos familiares?

La documentación arqueológica puso al descubierto agrupaciones de sepulturas así como la existencia de espacios funerarios compartidos por varios enterramientos. La inter-

pretación de este hecho es que nos hallamos ante espacios funerarios familiares, práctica constatada arqueológicamente en muchos cementerios medievales (Boissavit-Camus & Zadora-Rio 1996) (fig. 31). Los enterramientos consistían en tumbas individuales organizadas claramente en filas y en hileras en las galerías este y oeste (fig. 32), y, aparentemente, de modo similar aunque más irregular en la crujía norte, acaso por la escasa anchura de la misma. En ella, por ejemplo, en el tramo 24 de la panda se aprecian hasta seis filas en ese espacio tan reducido, lo cual prueba hasta qué punto estaba congestionado.

La crujía oeste contenía sepulturas aisladas y grupos de sepulturas. Práctica similar se documentó en la panda oriental, aunque aquí el espacio ya estaba parcelado y ordenado por las estructuras de los enterramientos privilegiados. Se identificaron en la primera un total



Figura 31. Agrupación de sepulturas en un mismo espacio funerario.



Figura 32. Se aprecia claramente una alineación de sepulturas asociadas a la arquería claustral: columnas, intercolumnios... (Navark S.L.).

de dieciséis conjuntos funerarios, «sepulturas familiares», con un número variado de enterramientos en posición anatómica, mejor o peor conservados, además de seis enterramientos individuales. En la segunda se hallaron dieciocho conjuntos funerarios «familiares», ocho individuales y seis agrupaciones, aunque

con dudas sobre su carácter «familiar» pues son enterramientos que aprovechan las estructuras funerarias de la primera fase. En muchas se recuperaron restos óseos –de hasta seis o siete individuos– en los depósitos que cubrían o acompañaban a las últimas inhumaciones realizadas procedentes de los entierros previos



Figura 33. Restos humanos procedentes de inhumaciones previas cubren el último depósito funerario (Navark S.L.).



Figura 34. Panorámica del proceso arqueológico con las sepulturas separadas por estrechas franjas de tierra (Navark S.L.).

(fig. 33). La galería septentrional no ofrecía un patrón tan claro y evidente pero la secuencia estratigráfica apunta al mismo esquema organizativo del espacio funerario.

La existencia de «sepulturas familiares» habría sido organizada mediante un reparto del terreno que desconocemos para dar cabida a todos aquellos que deseaban inhumarse y para permitir la circulación por el interior del claustro, fuese el tránsito corriente –como los rituales de recordatorio y celebración en las sepulturas de los familiares– o la apertura de nuevas tumbas. En la galería oeste los enterramientos ocupan espacios concretos (frente a los pilares, en el espacio de los arcos de la galería, etc.) con una franja de separación mínima entre las sepulturas y grupos de sepulturas (fig. 34 y vid. fig. 10). La disposición de los enterramientos en la galería norte apunta a una relación entre los lucillos sepulcrales y los grupos de sepulturas. ¿Consideraron el espacio adyacente como «sepultura familiar» los familiares de los propietarios originales de esos sepulcros? Sin inscripciones o lápidas no puede probarse nada. También, es igualmente posible que sólo se tratase de una organización del espacio disponible con un lugar de referencia. Hay una noticia –entre muchas– de la presencia de una tumba de lucillo, o al menos en la pared, bajo la que había otra sepultura en la catedral de Pamplona: en 1439, Pedro Lorenz pedía que su cuerpo fuese llevado «al carnerario que esta iuso de la tumba do esta sepelida Gracia Renalt» (Pavón & García de la Borbolla, 2007). Otras actuaciones arqueológicas hechas en cementerios parroquiales navarros no muestran prácticas similares, si bien consta algo similar en el claustro del Priorato de San Juan de Jerusalén de la ciudad francesa de Toulouse: en la galería sur del claustro se depositaron abundantes individuos bajo los lucillos funerarios, con una cronología entre el siglo XII y el XIV (Cabot & Duchesne, 2004).

La documentación medieval navarra, por ejemplo los testamentos, ofrece muchas muestras de la voluntad de hombres y mujeres de enterrarse en los espacios y lugares donde ya estuviese inhumado algún familiar. Estas sepulturas todavía no habían adoptado la forma de panteón tal como la conocemos hoy, sino que eran un espacio familiar creado por la presencia de una sepultura donde ya descansaba algún otro pariente (Pavón & García de la Borbolla, 2007).

4.1.3. La sepultura

Las inhumaciones se practicaron en fosas simples excavadas en el terreno y en el interior de las estructuras funerarias: su planta completa en muchos casos no ha llegado a nosotros intacta a causa de la sucesión de enterramientos. Las estructuras como los «carnarios», que servirían a familias, tienen paralelos en la tudelana catedral de Santa María y en las iglesias de San Pedro de la Rúa de Estella, la Magdalena en Tudela o Santa María de Ujué. La cronología de tales construcciones funerarias se sitúa entre los siglos XIII y XIV, aunque algunas fueron empleadas hasta el siglo XVII (fig. 35) (Sesma, Tabar & Navas, 2006; García, Martín & Fernández, 2012; Unzu, Faro & García-Barberena, 2011).

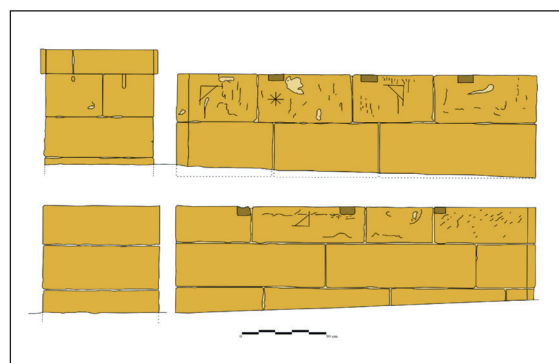


Figura 35. Alzados de uno de los «carnarios» (estructura 5) emplazados en la crujía oriental. Se aprecia, en color oscuro, los huecos para las barras de sujeción de los cuerpos (Navark S.L.).

La mayoría de las fosas se agrupan en cinco plantas principales, si bien no tenían exactamente estas formas, sino que había ligeras variaciones en redondeos, estrechamientos, etc., de sus partes como cabeceras, pies, laterales... Hay fosas de planta rectangular con ángulos redondeados (51), seguidas de rectan-

gulares (28), luego ovaladas (15) y, finalmente, hay trapezoidales, rectas o con cabecera redondeada, menos empleadas, con 12 y 3 ejemplares de cada clase (fig. 36). Las dimensiones de longitud y anchura se adaptaban a las del individuo que iba a ser inhumado, bastante ajustadas en todo caso, y su profundidad exacta



Figura 36. Tipos de fosa sepulcral: 1, rectangular y ángulos redondeados; 2, rectangular; 3, ovalada y, 4, trapezoidal (Navark S.L.).



Figura 37. Individuo infantil enterrado con orientación norte-sur (crujía oeste) (Navark S.L.).

fue imposible de averiguar. Las profundidades fluctúan entre menos de 0'5 m hasta cerca de 1 m de profundidad. Las fosas más profundas, con cerca de 2 m, se hallaron en la galería este y se debía a que aprovecharon los antiguos «carnarios» del siglo XIII. Las más antiguas se excavaron en las arcillas, arenas y gravas geológicas y el resto en los diversos depósitos acumulados en el transcurso de los años.

La disposición de los cuerpos sigue los parámetros habituales del momento y del ámbito geográfico. Los cuerpos se colocaron con la orientación clásica en el mundo cristiano, con la cabeza al oeste y los pies al este, en ocasiones con ligeras desviaciones respecto al eje, usualmente motivado por la existencia de inhumaciones anteriores, etc. La orientación de las tumbas vendría marcada, y facilitada en este caso, por hallarse en el interior de un edificio cristiano, construido con la canónica orientación de la cabecera al oriente (Klieman, 1987). Hay pocas excepciones a este patrón con inhumaciones con dirección diferente⁹ (fig. 37).

Todos los individuos se colocaron en decúbito supino, menos dos en decúbito lateral derecho y uno en decúbito lateral izquierdo (fig. 38). El cráneo estaba en posición frontal, o ladeado a derecha o izquierda, por la falta de elementos de sostén. Las extremidades superiores se colocaron cruzadas sobre el tórax, sobre el abdomen o sobre la pelvis, y las extremidades inferiores iban estiradas y paralelas, a veces juntas en los pies (fig. 39).

La señalización de sepulturas era necesaria para mantener la memoria del difunto y facilitar su reutilización (Ripoll & Molist, 2014). No se ha conservado elemento alguno de señalización de enterramientos, ni siquiera indicios de su existencia. Acaso las sepulturas no tuvie-

sen cubiertas o fuesen señaladas con elementos percederos, como las sepulturas señaladas con cruces de madera, un material susceptible de desaparición, que muestran algunos Libros de Horas (Gutiérrez, 2015). No obstante, parece lógico suponer la presencia de algún tipo de marca, para evitar perturbaciones accidentales –como inhumar a una persona en la sepultura de otro grupo familiar, por ejemplo– y para facilitar nuevos enterramientos. Ello se haría con algún tipo de señal en la superficie: laudas, piedras o cantos rodados, etc., práctica documentada en la cristiandad occidental (Alexandre-Bidon, 1996). Algunas sepulturas de la necrópolis de San Esteban de Beriain presentaban dos hitos de localización, piedras hincadas, en la cabecera y en los pies de la inhumación (Faro et al., 2007). La constante práctica de enterramientos hace pensar que el piso de las galerías claustrales habría de ser forzosamente de tierra, para facilitar las sucesivas inhumaciones.

Se localizaron dos sepulturas con los inhumados cubiertos por una capa de cal, quizás en relación al estado de los cuerpos –una fase avanzada de descomposición– o para acelerar la misma (fig. 40). Casos similares se documentaron en la seo tudelana (Tabar & Sesma, 2007) y en la ermita de Santa Catalina de Tiebas (Ruiz & Martínez, 2007).

4.1.4. *El mobiliario funerario*

Se localizaron restos de las piezas que componían los ataúdes: un buen número de clavos de hierro, restos de tablas de madera, lisas o adornadas con tachuelas y cintas. Otra posibilidad es que acaso alguno de ellos, hierro y madera, perteneció a lechos funerarios, sencillas parihuelas para enterrar al difunto, de construcción menos sólida que las cajas

9 Hay cuatro, en las que los enterramientos están orientados con la cabeza al sur y los pies al norte.



Figura 38. Individuo infantil inhumado en decúbito lateral derecho (Navark S.L.).



Figura 39. Enterramiento con las características comunes halladas en Fitero: cabeza al frente, brazos cruzados en el pecho y piernas estiradas unidas en los pies (Navark S.L.).



Figura 40. Inhumación orientada norte-sur, en ataúd y cubierta totalmente de cal (Navark S.L.).



Figura 41. Individuo enterrado en un ataúd de forma trapezoidal, más ancho en la cabeza que en los pies (Navark S.L.).

(Treffort, 1994). Se sabe que existieron en Fitero, pues se mencionan en la concordia de 1230 entre el obispado de Calahorra y los monjes del monasterio. El hallazgo de clavos y tachuelas se produjo en muchas sepulturas, no porque en todas se enterrase en ataúd, sino por el intenso movimiento de tierras derivado del uso del cementerio, que habría ayudado a dispersar esos pequeños objetos. Tales elementos permiten conocer la forma de los ataúdes (Henrion & Hunot, 1996).

Se documentaron dos ataúdes bastante completos, con clavos y parte del maderamen en su lugar. Tenían forma trapezoidal, con la cabeza más amplia que los pies, modelo habitual en el momento. Las dimensiones de estas piezas se adaptarían lógicamente a las de la persona que las iba a ocupar. Las medidas de uno de ellos eran: longitud, 177 cm, anchura en la cabecera de 43 cm y en los pies, 36 cm, y el otro: longitud, 172 cm, 56 cm, la cabecera y 40 cm los pies. Los laterales sólo conservaban una altura de entre 5 y 6 cm (fig. 41).

Los ataúdes se forraron con telas al interior y al exterior. Las cubiertas se adornaron con dibujos hechos con cintas sujetas con tachuelas de bronce (fig. 42). La documentación medieval navarra ofrece testimonios referentes a la compra de ataúdes, su decoración y sus precios. Entre muchos ejemplos, tenemos los gastos del entierro de mosén Gascón (Juan Pérez de Uroz) en Santa María de Olite (enero de 1416): «(...) vn atabut (...) do el cuerpo de mossen Gascon fue puesto (...) XL sueldos; (...) por IX cobdos de paynno bermeio de Bristol (...) et puestos en cubrir el dicto atabut (...), a XXXVI sueldos por cobdo uallen (...) XVI libras, III sueldos; (...) por tachetas et cinteta para enclauar e fincar el dicto paynno sobre el dicto atabut (...) XIII sueldos, III dineros»¹⁰.

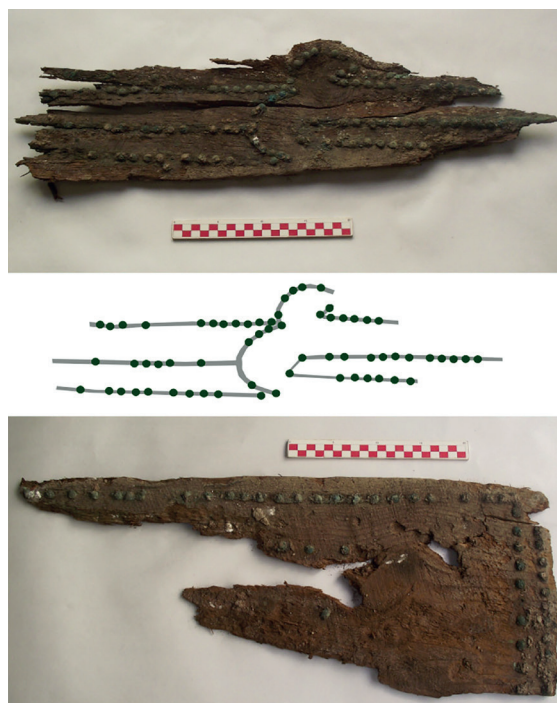


Figura 42. Restos de las tablas de un ataúd adornadas con tachuelas y cintas: arriba y en el centro, tabla y reconstrucción del motivo decorativo, probablemente una cruz floronada; abajo, borde de la tapa de un ataúd igualmente decorada (Navark S.L.).

Los ataúdes decorados ricamente eran habituales en niveles sociales altos, como los conservados en el Panteón Real del monasterio burgalés de Santa María la Real de Las Huelgas (Yarza, 2005). En espacios funerarios navarros se han hallado ataúdes en el mismo contexto histórico. Así, en San Saturnino, en el Cerco de Artajona, aparecieron ataúdes, incompletos (Faro, García-Barberena & Unzu, 2009) y en San Pedro de la Rúa se documentaron piezas completas con formato trapezoidal (García, Martín & Fernández, 2012). La escasa presencia de ataúdes en Fitero apuntaría a que sólo utilizaron este mueble funerario personas con un cierto nivel económico, tal como parecen apuntar los documentos escritos.

10 ARGN, *Comptos*, Registro n.º 344, fol. 75 vº.

4.1.5. El vestuario de la muerte

Se hallaron 53 inhumaciones con sudario (42 % del total) aunque pudo haber más. Las mortajas, si no llevan alfileres, son difíciles de detectar pues habitualmente se cosían, de modo que al desaparecer la tela, sólo queda como testimonio de su uso la postura forzada del cuerpo (hombros, articulaciones de las rodillas y los pies, con las puntas juntas o con un pie sobrepuesto al otro) y a veces, escasos restos textiles (Alexandre-Bidon, 1994) (figs. 43 y 44).

Hay testimonios del uso de sudarios en la seo tudelana (Tabar & Sesma, 2007), en San Pedro de la Rúa (García, Martín & Fernández, 2012) y en la necrópolis de San Esteban de Beriain (Faro et al., 2007), entre otros. La presencia de sudario, como la de ataúd, indicaría la posición económica y social de los allí depositados, personas de los estratos más altos de la sociedad fiterana de la época.

También se practicó el enterramiento vestido como prueban diversos hallazgos. Se ha documentado la presencia de herretes, las puntas de los cordones para unir las prendas de vestir, algo común en la Baja Edad Media y la Edad Moderna (Egan & Pritchard, 1993). También hay corchetes y ganchos, piezas para el cierre de las ropas (fig. 45). Y acicates de hierro sobredorados y



Figura 43. Alfileres utilizados para cerrar un sudario (Navark S.L.).

las hebillas de sus correas que, desgraciadamente, no aparecieron en contexto, sino en el depósito que colmataba los últimos enterramientos efectuados (fig. 46). Las espuelas doradas eran



Figura 44. La postura forzada de hombros, brazos y pies apunta al enterramiento en sudario (Navark S.L.).



Figura 45. Corchetes y ganchos empleados para la unión y cierre de prendas de vestir (Navark S.L.).



Figura 46. Acicates de hierro sobredorados (1 y 2) y una hebilla de las correas de sujeción, también sobredorada (Navark S.L.).

patrimonio de los caballeros, es decir, en esas sepulturas hubo al menos dos representantes de esa categoría social. Los caballeros formaban uno de los estamentos tradicionales medievales. Y en el ritual para armar caballeros, las espuelas, de oro o hierro sobredorado, eran un complemento imprescindible, hasta tal punto que en caso de expulsión del rango en caso de deshonra, la ceremonia incluía la acción de cortarles las espuelas por los talones (Keen, 2008). Y de hecho su presencia es común en enterramientos privilegiados medievales, como, por ejemplo, en algunos entierros de la catedral tudelana (Tabar & Sesma, 2007).

4.1.6. *Rituales funerarios*

Una práctica habitual en el Occidente cristiano, originada en la Antigüedad grecolatina, fue acompañar al difunto con una moneda,

mal llamado «óbolo de Caronte» (Sánchez & Roma, 2013), costumbre bien atestiguada en los siglos XIV y XV (Azkarate & García Camino, 1992). Este ritual se manifiesta siempre en Fitero como una moneda en la mano, nunca en la boca o colgada al cuello. Hay veintiuna muestras, sólo en las galerías norte y oeste, y en todas la pieza monetaria aparece en la mano derecha; sólo una la trae en la izquierda. Las monedas las tenían individuos de sexo masculino, de sexo femenino e incluso infantiles-juveniles, es decir, no parece haber un claro patrón de uso de dicha práctica.

Esta es la primera vez que se descubre en Navarra esta forma de esta práctica funeraria medieval. Han aparecido monedas con tal carácter apotropaico en la necrópolis de San Esteban de Beriain, colgadas al cuello (Faro et al., 2007), en la catedral de Tudela,

en la boca o junto al cuerpo (Sesma, Tabar & Navas, 2006) y en la iglesia estellesa de Santa María Jus del Castillo, junto al cuerpo (Navark 2003). Se han detectado paralelos de moneda en la mano en San Bartomeu del Torricó, en la provincia de Huesca, con catorce individuos con monedas fechadas en la primera mitad del siglo XVI (Riu & Bolòs, 1982) y en San Bartolomé de Basardilla en Palencia, con cuatro inhumados fechados en torno a los siglos XIV-XV, la época más reciente de la necrópolis; más paralelos en la abadía de Husillos y en el monasterio de San Andrés de Arroyo, también en Palencia (Martín et al., 2009). Hay muchos más ejemplos de estas costumbres en toda la Península Ibérica (Sánchez & Roma, 2014).

Hay dos testimonios evidentes y tres algo más dudosos de objetos apotropaicos. El primero es un colgante de plomo muy dañado sobre el pecho de un difunto. No se pudo distinguir su contenido icónico, si bien puede que fuese una bula papal (fig. 47). Esta práctica fue común en los reinos cristianos, por ejemplo, se han recogido testimonios de enterramientos con bulas papales en Inglaterra en la Edad Media (Daniell, 1997), aunque en Navarra sólo hay un caso. Fue hallada una bula de plomo del Papa Eugenio IV (1431-1447) en la catedral de Pamplona, en una tumba atribuida al obispo



Figura 47. Restos de un posible sello papal en plomo, una bula (1) y un ejemplar de bula completo, no procedente de Fitero (2) (Navark S.L.).

Martín de Peralta el Viejo (1426-1457) (Mezquiriz & Unzu, 2021). El segundo elemento, sin paralelos en Navarra, serían los restos de un documento en papel, también sobre el pecho, donde se distinguían líneas indescifrables de escritura y restos de un posible sello de cera roja (fig. 48). Probablemente se trate de una bula de indulgencias, como las halladas en el sepulcro de doña Isabel de Zuazo, en San Esteban, en la villa salmantina de Cuellar, 57 piezas fechadas entre 1484 y 1539¹¹. Es posible que nos encontremos ante la misma costumbre. La cronología de ambas inhumaciones de Fitero es similar, siglo XV – comienzos del siglo XVI.

Los tres objetos dudosos son dos collares de cuentas de azabache portados por difuntos –uno con cuentas de vidrio blanco– y una cruz tau en grafito, fechables entre el siglo XIV y el XVI. Uno de ellos lo portaba un individuo casi con toda seguridad del sexo femenino; del otro no pudo identificarse el sexo. El azabache se usó en la Edad Media como un material apropiado contra el mal de ojo, con piezas de formas como higas, manos o similares, y collares (Menéndez, 2003). Se recogieron cuentas de azabache en la ermita de Santa Catalina de Tiebas, en un contexto del siglo XVI (Ruiz & Martínez, 2007) (fig. 49). Otro paralelo funerario (siglo XIII), es un collar muy similar a los de Fitero, de la iglesia leonesa de Marialba de la Ribera (Escudero, 2011: <http://paleorama.wordpress.com/2011/02/16/azabache-y-vidrio-ultimo-adios-a-un-nino-en-el-medievo-de-marialba>; consultado el 24 de noviembre de 2011). La cruz tau se halló descontextualizada y sin relación con enterramientos. Iba forrada de plata y tenía una anilla para colgarla al cuello. Su carácter apotropaico es evidente, pues esta cruz prevenía de enfermedades. La tau, de color azul, era el emblema de los frailes de

11 www.fundaciopatrimoniocyl.es/textos01 (consultada el 12-12-2011).



Figura 48. Fragmentos de papel con escritura, muy posiblemente restos de una bula de indulgencias (Navark S.L.).



Figura 49. Collar de cuentas de azabache remontado; en el recuadro, dibujo de las cuentas y colgante central del mismo (Navark S.L.).



Figura 50. Cruz Tau de grafito forrada con plata (Navark S.L.).

la Orden de San Antón, muy populares por especializarse en la cura de la enfermedad del ergotismo, el «fuego sacro», provocado por el cornezuelo del centeno (Ollaquindia, 1998). Ha de recordarse que los antonianos, en Navarra, además de en Olite y en Pamplona, tuvieron convento en Tudela (Ollaquindia, 1998) (fig. 50).

5. A MODO DE RECAPITULACIÓN

La intervención arqueológica en el claustro del monasterio de Santa María de Fitero sirvió para profundizar en el conocimiento de la historia de su emplazamiento, su evolución constructiva, así como en los usos, principalmente funerarios, que ha acogido a lo largo de su historia.

El complejo monástico se levantó en terrenos ocupados desde momentos prerromanos y romanos, con testimonios escasos y sin estruc-

turas. Se detectaron elementos construidos, los restos de la posible parcelación medieval del área, previa a la construcción del cenobio.

La documentación arqueológica permitió ajustar un poco la historia constructiva del espacio monástico. La construcción de parte del muro norte del claustro (sur de la iglesia) y del transepto sur de la iglesia, más la sala capítular, se habría realizado en las dos últimas décadas del siglo XII, la primera fase constructiva. El resto del claustro ya en la primera mitad del siglo XIII, en el segundo momento de las obras, alterando el proyecto constructivo del muro norte del claustro para albergar espacios funerarios. El claustro se convirtió en la necrópolis de los habitantes laicos de Fitero desde el siglo XIV. Además, se documentaron las obras realizadas tras la sustitución del viejo claustro medieval por el claustro renacentista: reformas, decoración, apertura y cierre de vanos, reparaciones... hasta prácticamente el siglo XX.

La documentación arqueológica aportó nuevos conocimientos sobre las prácticas funerarias en el extremo meridional de Navarra, como una serie de enterramientos privilegiados frente a la sala capitular, la presencia de «sepulturas familiares» bien organizadas en las diversas crujías del claustro, así como las prácticas funerarias escogidas por los habitantes de Fitero en el momento de su entierro.

Las características físicas de las sepulturas, disposición de los cuerpos, elementos para el enterramiento (sudarios, ataúdes), etc., encajan en los parámetros habituales de los siglos XIV-XVI. Se documentó la presencia de inhumaciones vestidas, tanto en espacios privilegiados como en otros lugares del claustro, así como algunas prácticas tradicionales o apotropaicas (monedas en la mano, objetos protectores...). Finalmente, el gran número de individuos descubierto en posición anatómica, muchos bien datados por las monedas, supone un importante *corpus* de elementos susceptibles de estudios paleo-antropológicos, de alto interés histórico para el conocimiento de las sociedades pretéritas.

6. LISTA DE REFERENCIAS

- Alexandre-Bidon, D. (1994). Le corps dans son lincau. En D. Alexandre-Bidon y C. Treffort (dirs.), *A réveiller les morts. La mort au quotidien dans l'Occident médiéval* (pp. 183-206).
- Alexandre-Bidon, D. (1996). Images du cimetière chrétien au Moyen-Âge. En H. Galinié y È. Zadora-Rio (coords.), *Archéologie du cimetière chrétien. Actes du 2^e colloque A.R.CH.E.A. (Orléans, 29 septembre-1^{er} octobre 1994)* (pp. 83-93).
- Aramburu, M.^a J. (1989). Notas sobre el claustro del monasterio de Fitero. *Príncipe de Viana*, 299-303.
- Arigita y Lasa, M. (1900). *Colección de documentos inéditos para la Historia de Navarra. Cartulario de Santa María la Real de Fitero, I*, (pp. 1-165).
- Armendáriz, R. M.^a, Nuin, J. & Mateo, M.^a R. (2003). Intervención arqueológica en Sancho Abarca (Fitero) 2001. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 16, 79-105.
- Azkarate Garai-Olaun, A. (2007). La Muerte en la Edad Media. En VV.AA., *La Tierra te sea leve: Arqueología de la muerte en Navarra* (pp. 177-192).
- Azkarate Garai-Olaun, A. & García Camino, I. (1992). Pervivencias rituales precristianas en las necrópolis del País Vasco durante el medievo. Testimonios arqueológicos. *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española*, 2 (pp. 483-492).
- Aznar Martínez, E. (2018). *El claustro del monasterio de Fitero. Obra clave del Renacimiento navarro*.
- Bango Torviso, I. (1998). El ámbito de la muerte. En I. Bango Torviso (coord.), *Catálogo de la Exposición Monjes y monasterios. El Cister en el medievo de Castilla y León (monasterio de Santa María de Huerta, julio-octubre 1998)* (pp. 317-328).
- Berrozpe Jiménez, B. C. (2012). *Monasterio Santa María la Real de Fitero. Estudio del estado de conservación y propuesta de intervención* (Master Tesis Universitat Politècnica de Catalunya, <http://hdl.handle.net/2099.1/15715>).
- Boissavit-Camus, E. & Zadora-Rio, È. (1996). L'organisation spatiale des cimetières paroissiaux. En H. Galinié y È. Zadora-Rio (coords.), *Archéologie du cimetière chrétien. Actes du 2^e colloque A.R.CH.E.A. (Orléans, 29 septembre-1^{er} octobre 1994)* (pp. 49-53).

- Cabot, É. & Duchesne, S. (2004). Sépultures à étude. L'exemple des hospitaliers de Toulouse. *Histoire Médiévale*, 60, 52-57.
- Carandini, A. (1997). *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*.
- Carrero Santamaría, E. (2006). El claustro funerario en el medio o los requisitos de una arquitectura de uso cementerial. *Liño. Revista Anual de Historia del Arte*, 12, 31-43.
- Carrero Santamaría, E. (2011). Cathédrale et topographie funéraire dans l'architecture médiévale de la Péninsule Iberique. *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa*, 42, 115-129.
- Daniell, Ch. (1997). *Death and Burial in Medieval England, 1066-1550*.
- De Miguel Ibáñez, M.^a P. & De Miguel Ibáñez, P. (2019). Zapuztutako Amatasuna/Maternidad frustrada. En A. Ascunce Parada y C. Valdés Sagüés (coords.), *Bizitza bezurretan inprimatua. Paleopatología Nafarroan/La vida impresa en los huesos. Paleopatología en Navarra (Catálogo de la exposición, Pamplona 27 septiembre 2019-2 febrero 2020)* (pp. 140-143).
- Egan, G. & Pritchard, F. (1993). *Dress Accessories c. 1150 – c. 1450*.
- Escudero, Z. <http://paleorama.wordpress.com/2011/02/16/azabache-y-vidrio-ultimo-adios-a-un-nino-en-el-medievo-de-marialba> (consultado el 24 de noviembre de 2011).
- Faro Carballa, J. A. et al. (2007). Necrópolis de San Esteban (Berriain). En VV.AA., *La Tierra te sea leve: Arqueología de la muerte en Navarra* (pp. 227-232).
- Fernández Gracia, R. (1997). *El monasterio de Fitero. Arte y arquitectura*.
- García Gazolaz, J., Martín Carbajo, M. A. & Fernández Orallo, E. (2012). Intervención arqueológica. En M.^a R. Lazcano Martínez de Morentin (coord.), *San Pedro de la Rúa de Estella* (pp. 12-51).
- García Sesma, M. (1981). *La iglesia cisterciense de Fitero*.
- García Sesma, M. (1986). *Investigaciones históricas sobre Fitero. Volumen I*.
- Goñi Gaztambide, J. (1965). Historia del monasterio cisterciense de Fitero. *Príncipe de Viana*, 100-101, 295-330.
- Gutiérrez Cuenca, E. (2015). *Génesis y evolución del cementerio medieval en Cantabria*.
- Harris, E. C. (1991). *Principios de estratigrafía arqueológica*.
- Henrion, F. & Hunot, J-Y. (1996). Archéologie et technologie du cercueil et du coffrage de bois. En H. Galinié y È. Zadora-Rio (coords.), *Archéologie du cimetière chrétien. Actes du 2^e colloque A.R.CH.E.A. (Orléans, 29 septembre-1^{er} octobre 1994)* (pp. 83-93).
- Keen, M. (2008). *La caballería*.
- Klieman, K. (1987). La orientación de las sepulturas medievales. *II Congreso de arqueología medieval española* (pp. 495-500).
- López de Aberasturi, A. & Pérez Simón, F. (2007). *Javier, el castillo redescubierto*.
- López de Guereñu, M.^a T. (2007). Santa María de Huerta, panteón de la nobleza castellana. *De Arte*, 6, 36-57.
- Martín Rodrigues, E. M.^a et al. (2009). La necrópolis parroquial de la iglesia de San Bartolomé de Basardilla (Segovia). Estudio

arqueo-antropológico. *Estudios de Patrimonio Cultural*, 2, 49-61.

Martínez Álava, C. J. (2007). *Del románico al gótico en la arquitectura de Navarra. Monasterios, iglesias y palacios*.

Medrano Marqués, M. & Díaz Sanz, M.^a A. (2004). *Fitero en la Historia. Desde el Eneolítico hasta la llegada del Islam*.

Medrano Marqués, M. (2005). El yacimiento visigodo y musulmán de Tudején-Sanchoabarca. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 18, 65-90.

Melero Moneo, M. (2004). Reflexiones sobre el monasterio cisterciense de Santa María de Fitero. *De Arte*, 3, 7-22.

Menéndez Menéndez, A. (2003). Azabache. En J. A. Gutiérrez González (de.), *Peñaferruz (Gijón). El castillo de Curiel y su territorio* (pp. 269-278).

Menéndez Pidal de Navascués, F. (2007). Fray Martín Egüés y de Gante, abad de Fitero. *Príncipe de Viana (ejemplar dedicado a homenaje a Faustino Menéndez Pidal de Navascués)*, 241, 725-740.

Mezquiriz Irujo, M.^a A. (1978). *Pompaelo II*.

Mezquiriz Irujo, M.^a A. & Tabar Sarrías, I. (2007). Sepulturas de la Catedral de Pamplona. En VV.AA., *La Tierra te sea leve: Arqueología de la muerte en Navarra* (pp. 213-218).

Mezquiriz Irujo, M.^a A. & Unzu Urmenea, M. (2021). *Arqueología en la Catedral de Pamplona. El origen del culto cristiano*.

Monterde Albiac, C. (1978). *Colección diplomática del monasterio de Santa María de Fitero*.

Munita Loinaz, J. A. (1995). *El monasterio de La Oliva en la Edad Media (siglos XII al XVI). Historia de un dominio cisterciense navarro*.

Navark S.L. (2003). *Informe de la Documentación arqueológica de la iglesia de Santa María Jus del Castillo (Estella-Lizarra) 2002-2003* (inédito).

Navark S.L. (2007). *Informe del Proyecto de delimitación de los yacimientos «La Dehesilla» y «Castillo de Araciél» (Corella, Navarra)* (inédito).

Olcoz Yanguas, S. (2007). *El Tesoro del Patrimonio Histórico de Fitero*.

Olcoz Yanguas, S. (2008). *Fitero cisterciense, del monasterio a la villa (siglos XII-XV)*.

Olcoz Yanguas, S. (2019). El inexistente monasterio de Yerga y el origen del monasterio de Fitero. *Príncipe de Viana*, 247, 753-778.

Ollaquindía Aguirre, R. (1998). La Tau y el Camino de Santiago en Navarra. *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 72, 267-84.

Ostolaza Elizondo, I., Monterde Albiac, C. & Panizo Santos, I. (2011). Vicisitudes de la documentación medieval del monasterio cisterciense de Fitero. *Anuario de Estudios Medievales*, 41/1, 183-209.

Pavón Benito, J. & García de la Borbolla, A. (2007). *Morir en la Edad Media. La muerte en la Navarra medieval*.

Ramos Aguirre, M. (2019). Fitero. Santa María monasterioa. Klaustroa/Monasterio de Santa María la Real. Claustro. *Bizitza hezurretan inprimatua. Paleopatología Nafarroan/ La vida impresa en los huesos. Paleopatología en Navarra* (pp. 214-215).

- Ripoll, G. & Molist Capella, N. (2014). *Cura mortuorum* en el nordeste de la Península Ibérica, siglos IV al XII d. C. *Territorio, Sociedad y Poder*, 9, 5-66.
- Riu Riu, M. & Bolòs, J. (1982). Observacions meodològiques, esquemes i fitxes de treball per a l'estudi de les sepultures. En *Necròpolis i sepultures medievals de Catalunya* (pp. 11-28).
- Rodríguez de Lama, I. (1979). *Colección diplomática medieval de La Rioja. III: documentos (1168-1225)*.
- Ruiz, F. J. & Martínez Izquierdo, D. (2007). La necrópolis de Santa Catalina (Tiebas). En VV.AA., *La Tierra te sea leve: Arqueología de la muerte en Navarra* (pp. 243-248).
- Sánchez Rincón, R. & Roma Valdés, A. (2013). La otra cara de la moneda. Uso y reutilización de la moneda en la Edad Media del Noroeste peninsular (I). *Numisma*, 257, 113-141.
- Sánchez Rincón, R. & Roma Valdés, A. (2014). La otra cara de la moneda. Uso y reutilización de la moneda en la Edad Media del Noroeste peninsular (II). *Numisma*, 258, 143-172.
- Sesma Sesma, J., Tabar Sarrías, M.^a I. & Navas Cámara, L. (2006). Usos funerarios de la Catedral de Tudela. En M.^a I. Tabar et al. (coords.), *Tudela, el legado de una catedral. Catálogo de la exposición (Tudela 22 de septiembre de 2006 al 7 de enero de 2007)* (pp. 139-174).
- Sesma Sesma, J. et al. (2009). La intervención arqueológica. En M.^a R. Lazcano Martínez de Morentin (coord.), *San Saturnino de Artajona* (pp. 12-59).
- Solaun Bustinza, J. L. et al. (2009). Arqueología del feudalismo. Un recorrido historiográfico por la arqueología de época medieval y moderna en el País Vasco y Navarra (ss. XI-XVIII). *Actas del Congreso Internacional Medio Siglo de Arqueología en el Cantábrico oriental y su entorno*, 501-550.
- Tabar Sarrías, M.^a I. et al. (coords.). (2006). *Tudela. El legado de una catedral. Catálogo de la exposición (Tudela 22 de septiembre de 2006 al 7 de enero de 2007)*.
- Tabar Sarrías, M.^a I. & Sesma Sesma, J. (2007). Enterramientos en la Catedral de Tudela. En VV.AA., *La Tierra te sea leve: Arqueología de la muerte en Navarra* (pp. 219-226).
- Treffort, C. (1994). Les meubles de la mort: lit funéraire, cercueil et natte de paille. En D. Alexandre-Bidon & C. Treffort (dirs.), *A réveiller les morts. La mort au quotidien dans l'Occident médiéval* (pp. 207-221).
- Unzu Urmeneta, M., Faro Carballa, J. A. & García-Barberena, M.^a. (2011). Intervención arqueológica. En M.^a R. Lazcano Martínez de Morentin (coord.), *Santa María de Ujué* (pp. 23-55).
- Yarza Luaces, J. (comisario). (2005). *Catálogo de la Exposición Vestiduras ricas. El monasterio de las Huelgas y su época 1170-1340 (Madrid 16 de marzo-19 de junio de 2005)*.